ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES

ARTICULOS Y DISCURSOS

PROLOGO

DE

D. VICTORIANO SALADO ALVAREZ.



MÉXICO

TIP. Y LIT. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y Cª, S. EN C.

Calle de Santa Clara núm. 15.

1903

CARTA-PROLOGO.

Sr. Diputado Lic. D. Antonio de la Peña y Reyes.

Presente.

Muy querido amigo mío: ignoro si la poesía, conforme dicen algunos, estará llamada á desaparecer; pero lo que sí, en mi concepto, tiene que ir á menos todos los dias y hundirse fatalmente en el abismo en que yacen las cornucopias, las faldas de tontillo y las pelucas, es el *prólogo*, esa institución que venía como anillo al dedo en los libros cuando éstos salían con descubierta y batidores de tasas, censuras, advertencias del editor, aprobaciones y sonetos laudatorios; pero que ahora aparece enteramente caduca y fuera de moda.

El prólogo ó tiene por objeto la presentación que de un autor novel hace al público otro conocido y famoso, ó la defensa contra posibles impugnaciones. Lo primero está evitado: si el libro vale, no hay para que llegue un caballero con sus manos lavadas á dar al lector cuenta de cosas de que él se percatará con más priesa y habilidad que el mismo que se las echa de crítico agudo. Si el libro resulta algún engendro detestable, inútil es que todos los apologistas del orbe se metan á alabarle, pues quizás empeoren la causa del cuitado que se propusieron mostrar como un

portento; que es condición de la humana naturaleza prevenirse contra quien llega queriendo imponerle sus dictados con ó sin ambajes.

En cuanto al *prólogo galeato* (como llaman al que se escribe para responder cargos y prevenir objeciones), que ya parecía mucho cuento al excelente Padre Isla, es todavía más ocioso que el otro. ¿Qué se puede decir en el prólogo que no se haya dicho, y muy largamente, en el cuerpo de la obra? Si hay errores que refutar, prevenciones que desvanecer ó imposturas que desmentir, el autor mismo puede hacer tales cosas con toda la amplitud de quien conoce ó se presume que conoce la materia, puesto que la ha escogido como punto de lucimiento. Si el prologuista se figura acaso que va á decir cosas más discretas, más substanciosas ó más exactas que el autor, mal hace en ponerse á servirle de arrendajo, pues en verdad que, obrando por su cuenta, y escribiendo él mismo las lucubraciones doctísimas que se figura, dejarán atrás las que el apadrinado haya producido, cumpliría mejor con su obligación.

En fin, que por donde quiera que se le busque, el prólogo no será nunca sino una repetición y un comentario de lo que ya está escrito en el libro; por lo cual el público obra muy rectamente echando á mala parte la tal adherencia, pues sabe muy bien que innumerables libros sin prólogo han tenido gran éxito y que otros muchísimos con prólogo yacen en el olvido más grande.

Al llegar aquí, va usted á preguntarme con muchísima justicia: "si tal cosa opina usted, y si en su concepto el prólogo de nada sirve ni prueba nada, ¿por qué ha ofrecido usted mismo escribir el de mi libro?" Voy á hacerle saber la causa. Hace mucho

tiempo que sigo la carrera literaria de usted con particular atención; hace mucho tiempo que me interesan su persona y sus escritos más de lo que usted mis no se figura, y quise aprovechar esta oportunidad para decirle en público, una vez más, que no debe usted abandonar como tiene abandonadas las tareas literarias, que son el mayor consuelo y el bien mayor con que hemos sido recompensados los que las practicamos.

Como este libro ocupa ya una serie avanzada entre los que usted estampa, no ha menester de que yo le presente al público, pues por una parte, usted es mucho más conocido y justamente estimado que yo, y, por otra, me expondría á que Don Quijote me dijera con aquella su blanda y aguda burla: «Y á Vuesa Merced, ¿quién le fía, señor Cura?»

Sin embargo, no quiero que se me cueza en el cuerpo la justa alabanza que deseo discernirle sin reserva. Sus otros libros eran á manera de tanteos de principiante, de tímidos ensayos en que si bien se notaba que había madera, no se podía averiguar si esa madera serviría para hacer santos ó para hacer carbón, como dice el cantarcillo vulgar. Usted nos viene demostrando ahora que no sólo la materia prima es excelente, sino que con ella puede fabricar muy lindas esculturas. Antes se advertía en usted agudeza de ingenio, buen sentido y criterio reposado; ahora, además de esas cualidades, aumentadas en tercio y quinto por el transcurso de los años, es fácil notar, á poco que se profundice, sobriedad, primor, buen gusto y sencilla elegancia de estilo. En suma, y direlo con frase de la gran santa española: *El platero que ha fabricado esta joya, sabe ahora más de su arte.*

Ignoro si algún otro crítico se lo habrá hecho notar; pero lo que en mi opinión distingue á usted, es el temperamento oratorio: orador es usted cuando hace juicios críticos, orador cuando da cuenta de polémicas literarias, orador cuando estudia personalidades salientes en literatura, y mucho más orador, cuando dice discursos. El que pronunció usted ante las cenizas de Altamirano, que es celebradísimo, me agrada mucho; pero más me gusta el que dedicó usted á hacer el panegírico de Juárez: es una briosa y magistral exposición de cómo comprende usted la figura del gran Plebeyo mexicano. Algo, quizás, variaría usted, algo templaría ó tacharía si escribiera ahora ese discurso; pero en el ardor de la juventud y recién lanzados los cobardes insultos con que se trató de zaherir á nuestro grande hombre, nada más natural que esa zaña que demuestra el temple de ánimo de usted en aquellos días

El discurso en honor de la *Corregidora*, el que dijo usted en la distribución de premios del concurso agrícola de Coyoacán, y casi todos los que contiene el tomo, son también muy bellos y elegantes.

La parte que llama usted *Impresiones y notas*, es interesantísima. Su estudio sobre Peredo, el que dedica á Icazbalceta, los artículos sobre Portilla, Rosas, Ortiz y Roa Bárcena, están llenos de exqu sitas observaciones, y demuestran el laudabilísimo deseo de no dejar que se olvide á gentes que han prestado eminentes servicios á la intelectualidad mexicana. No me gusta tanto el trabajo que dedica usted á Valera; ni los años de usted (que apenas llegarían á los veinte cuando publicó ese estudio) le consentían escribir nada definitivo en esa materia, ni la psicología del gran estilista español se deja penetrar tan fá-

cilmente, que sea tarea llana la de desentrañar sus misterios.

Hoy que se escribe tanto y tanto, hoy que se tiene odio á lo natural, á lo castizo y á lo sano, el libro de usted, que es una gallarda

prosa en román paladino,
como suele el ome fablar á su vecino,

resulta una protesta contra ciertos excesos, y una palabra de aliento para los que todavía creen que de la tierra mexicana puede brotar algo que sea digno de representarse artísticamente.

En la recopilación que va á dar usted al público, veo toda una época de pasión, de entusiasmo, de goce y de brío; veo á Chávez, á Urbina, á González Obregón, á Rivera, á Nervo, á Campo y á Dávalos, cuyos nombres son hoy ilustres, discutiendo los altísimos intereses del arte y adestrándose en las luchas en que habían de sobresalir después. Más lejos miro á algunos que, como Rafael de Alba, viven ocultos en el fondo de una provincia, como Siéyes durante el Terror, cual si consideraran que la vida es un Terror perpetuo. Mucho más distantes miro á Francisco de Alba, á José María Bustillos y á Carlos López, que pretendieron, sin lograrlo, arreglar el mundo á su propósito; y en el fondo, sonriente, sereno, majestuoso, acendrando la leche y la miel de su doctrina y vertiendo el aceite y el ungüento de su bondad, á Altamirano el Grande, padre intelectual de esa turba gloriosa.

Hace pocas noches, que nos reunió usted en ágapes fraternales en su preciosa casita, nos contaba con voz que le salía del alma, que su hogar está sólo y vacío, porque

En su umbral se ha sentado la tristeza.

La manera mejor de que expulse usted á ese huésped importuno, es que siga consagrándose á escribir sus propias impresiones y á admirar las grandes obras ajenas. ¡Es tan bello, tan sano y tan útil el saber admirar! Recuerde usted que Fausto sólo se vió libre de la Duda, el Cuidado y la Pesadumbre, cuando descendió al seno de las Madres, es decir, cuando se sumergió en el culto y la adoración de las ideas puras.

Muy cariñosamente estrecha la mano de usted,

V. SALADO ALVAREZ.

EN HONOR DE ALTAMIRANO.[1]

Ya se han alzado, Maestro, sobre tu tumba, tantos meses vacía, las voces del rencor religioso y los insultos de la maledicencia política. Ya el odio con su vapor sangriento ha caldeado la tierra que te debe envolver perpetuamente; ya se han cernido sobre tu frente las tempestades del despecho, se han desplomado ya sobre tus hombros los *cataclismos de la fama*; ya podemos decir nosotros lo que exclamabas tú ante el cadáver de tu maestro el Nigromante: «Al insensato blasfemo que aparentase ignorar tus servicios por odio ó por despecho, habría que buscar en su frente la marca de condenación impresa por el juicio severo del grande hombre ó por la vic-

1 Discurso pronunciado en nombre del Liceo Mexicano al ser depositadas las cenizas del Sr. Lic. D. Ignacio M. Altamirano en la capilla del Panteón Francés de México, en que descansan los restos del Sr. Lic. D. José M. Iglesias.

toria de los principios que acaudilló defendiendo al pueblo.» Habría que buscar esa marca misma, Maestro, en la frente de tus perjuros é irreconciliables enemigos, que son los que derrotaste con tu espada, los que venciste con tu idea, los despechados impotentes que miden un camino que no pueden, que no podrán nunca recorrer: el que se extiende entre tu cuna y tu sepulcro, entre tu pequeñez y tu grandeza, desde tu obscuridad hasta tus triunfos, de tu cabaña á tu apoteosis, entre la ignorancia del indio y las glorias fulgentes del tribuno, entre la pensión que te dió el Estado de México para que principiaras tu carrera y la soberbia ofrenda que la Patria presentó anoche á tus cenizas.

Distancia inmensa, en verdad, que nunca los secuaces de Hermosilla, ni los seminaristas petulantes, podrán ni en los espejismos de su vanidad, contemplar accesible á su tardo paso y á su débil aliento. Tú sí llegaste hasta la meta, paladín en todos los combates, vencedor en muchas peleas: nada arredró tu esfuerzo atlético: todo se irguió iracundo é impío para obstruirte el camino. Te salieron al paso desde el estigma de tu raza hasta el olvido de los tuyos; desde la abyección del indio hasta la acerba amargura de las decepciones políticas; y de todo venciste, y te encaraste con todo, y nunca se creyó débil tu espíritu para luchar con las iras de los unos, con las ingratitudes de los otros, con las envidias de

los más. Tuviste desencadenadas en tu contra hasta las furias sangrientas del ridículo; te censuraban con rabia tus palabras, te combatían encarnizadamente tus escritos, gozábanse tus enemigos en denigrarte por tu origen; y cuando ya todo se hallaba envenenado con el virus de la venganza y del despecho, cuando ya no quedaba un solo fragmento de tu personalidad política ni de tu nombre literario que no hubiesen manchado, te censuraban tu fealdad y te creían diabólico.

No se imaginaban tus enemigos, no se imaginan todavía, que allí, donde radican tus defectos, de allí brotan tus cualidades; que de ese fondo sangriento y tenebroso que á ellos tanto les aterroriza, surgen luminosas tus virtudes. Yo no concibo tu carácter ni me imagino tu superioridad como hombre, sin esa indómita fiereza de tu espíritu, sin esa salvaje valentía de tu conciencia, sin ese odio sublime que tu alma independiente y virgen de las escoriaciones cortesanas, tenía contra todas las infamias del presente y las deshonras del ayer.

Gladiador de una contienda de titanes, producto de unos tiempos de división y de combate, tu verbo fué la expresión más terrible, pero á la vez más exacta, del ansia suprema que palpitaba en la República. No transigiste con el menguado que pisoteaba sus juramentos inviolables; no militaste con los timoratos que á nada se atreven ni con los traidores que todo lo profanan.

Venías de las montañas: *eras de esos hombres que siempre han preferido comer raíces y vivir entre fieras, que inclinarse ante tiranos:* traías de tus comitentes la consigna terminante de la victoria, ó cuando menos de la lucha sin tregua, de la pelea sin piedad, y exclamabas contra la amnistía en los arrebatos de tu alma republicana y justiciera: antes que la amistad está la patria, antes que el sentimiento está la idea, antes que la compasión está la justicia.

Desde entonces, Señor, sembraste un odio: el odio de un partido rencoroso; ese odio te siguió mientras viviste, ese odio te ha entonado ya sus estridentes responsos y sus postrimeras maldiciones. Pero nosotros somos muchos, Maestro. Tus discípulos sofocamos esos gritos, tus partidarios nos reímos de esos odios, y aquí, frente á esta tumba, junto á esta fosa que nos ha de dividir eternamente, recordamos como lecciones imborrables tus odios tan altivos, tus excecraciones tan fundadas.

Te aborrecen por tu fiereza: por esa misma fiereza te celebramos nosotros, los hijos de otros tiempos, es cierto, pero los admiradores de tus ímpetus de sectario que son los ímpetus indispensables en los grandes momentos; de tus pasiones de hombre que son las pasiones opuestas al hermafroditismo de las medianías; de tus rencores de raza que son los rencores justísimos de infinidad de desgraciados que prueban todavía lo *maternalmente*

buena que fué España, lo dignificador y progresista de las centurias virreinales! Desde las pillerías de ratero y las depredaciones de invasor del Extremeño, hasta las perfidias de un Almonte, todo lo negro, todo lo sombrío de nuestro pasado tumultuoso nos enseñaste á aborrecer; nunca lo inmaculado, Maestro, jamás lo adorable; yo pongo frente á tus odios tus cultos: frente á Cortés, Cuauhtemoc; frente á Iturbide, Hidalgo; frente á Calleja, Morelos; frente á Alamán, Ramírez; los pone también ese inmenso partido político que se ha agrupado en torno de tus cenizas, desde tu fúnebre pero triunfal entrada á Veracruz.

Los pone todo mexicano amante de la verdad histórica, y no hay quien no sienta, al contemplar la diferencia, el mismo rencor que sentiste tú contra esos hombres depravados, constantemente enaltecidos por un partido perjuro.

Que sigan, pues, en buena hora, censurándote tus enemigos: todos los liberales te pondrán como ejemplo firme y perdurable de la altivez del patriota, de la independencia y dignidad del hombre honrado. Del hombre honrado, Maestro! No te podemos enaltecer sólo como literato ni honrar sólo como ciudadano, tenemos que enaltecerte y que elogiarte, sobre todo, como varón de una conciencia inmaculada. Yo te ví en los momentos de prueba, en los terribles días de la adversidad y del olvido: aceptaste ambas cosas; viste que

la miseria se entraba por tus puertas y la esperaste sereno; nada manchó tu limpidez ni doblegó tu firmeza. Rugiente en la tormenta, arrollador en el combate, ¡cuán benigno, qué amable, qué bueno en el hogar! ¡cómo eras sensible para las afecciones, respetuoso para la virtud, y firme y sincero para la amistad! No! no te pueden juzgar los que no te trataron, los que lejos de buscar tu corazón y de seguir tus lecciones, te llamaban un réprobo! Nosotros nada más; los que entramos á tu alma, sabemos lo que tú eras y comprendemos lo que valías. Nosotros que fuimos todo para ti: discípulos y amigos: supimos por la tribuna y por la prensa lo que era tu talento, pero por la amistad estrecha, por los afectos íntimos, supimos mejor lo que era tu alma, lo que valía ese pecho siempre atrevido en los combates, siempre generoso en la desgracia, siempre lleno de valentía y de nobleza; supimos lo que significaba Altamirano el íntimo: aquel en la tribuna era un genio, en la batalla un patriota; éste, en el hogar un padre para todos los que llamaban á sus puertas ávidos de instrucción ó de cariño. En tu alma brillaron todas las irradiaciones del espíritu; en tu frente lucieron muchas de las aureolas de la gloria. Supiste lo que era electrizar á los hombres con la palabra, vencerlos con la espada, subyugarlos con la poesía, enternecerlos con la leyenda, hacerte dueño de ellos con el corazón y la virtud. Se te veía y se te amaba; se

te oía hablar y el alma se prosternaba reverente. Supiste lo que eran el delirio de las muchedumbres y el amor de los íntimos; lo que era ser dios de las turbas y culto del amigo.

Formaste poetas, hiciste escritores, legaste en libros numerosos tu tendencia incesante: crear una literatura nacional. Siempre fuiste benévolo con el que principiaba, cariñoso con el modesto, con el tímido. Tu palabra alentó á muchos que hoy ya son glorias; tus consejos fueron oráculos para dos generaciones literarias. Y predicabas con el ejemplo, como dice Justo Sierra, decías cómo se hacían las novelas y las hacías admirables, cómo se cultivaban las musas y cincelabas versos tropicales; cómo se escribían los discursos, y pocos ha habido más radiantes y más arrebatadores que tú en la tribuna mexicana. Fuiste crítico excelente en tus admirables estudios sobre *Medea, El Baltasar y Guillermo Tell,* novelista nacional en *Clemencia y La Navidad en las Montañas*, poeta que revivió la Musa griega en *Las Abejas,* prosista vibrante, enérgico, erudito, en los prólogos al *Romancero* y al *Cuauhtemoc:* investigador laborioso de la verdad histórica en tu *Disertación sobre la Virgen de Guadalupe;* ameno narrador en tus *Revistas Literarias;* tribuno incomparable en los famosos tiempos en que tus frases corrían por la República, sacudiendo los nervios de toda una nación, y maestro inolvidable en los

tiempos de calma, no porque fueras omniscio, sino porque nadie conocía como tú las vocaciones y alentaba los deseos; ninguno derramaba con más prodigalidad que tú sus conocimientos, ni era más indulgente para acoger á los humildes.

Fuiste erudito y artista al mismo tiempo: en ti nada sofocaba el talento, ni los rigores del clasicismo, ni las libertades de los románticos, ni las arideces de las disquisiciones más recónditas. Siempre eras tú: el talento, el que brillaba en todas tus palabras. Has muerto admirado en Europa, aplaudido en los cuerpos más sabios, en las más caracterizadas sociedades: defendiste á tu patria republicana y libre lo mismo en la prensa que en el Congreso, lo mismo en el Congreso que en los campos de la guerra.

Ahora ya descendiste de la tribuna, poderoso señor de la palabra, ya abandonaste el rojo campo del combate, paladín del derecho, ya está muda tu lira, desierta tu aula, enlutado el cenáculo, ya no conservas ni tu forma corpórea. Ahora venimos tus discípulos, los miembros del Liceo, y te decimos desde lo más hondo de nuestros pechos: Maestro: pudo el fuego instantáneo de la incineración transformarte en cenizas, otro fuego más vivo y perdurable, el fuego de la gratitud y del cariño, te conservará íntegro é indeleble en nuestras almas. En ellas guardaremos tu memoria, en ellas vivirán tus palabras, y en los

combates que hayamos de lidiar surgirá siempre tu suprema enseñanza.

«Hijos, nos decías una vez, si alguien les preguntare algún día ¿qué os enseñó Altamirano? contestadle: Nos enseñó á ser honrados; esta es mi lección.»

Maestro: la aprenderá tu Liceo!

DISCURSO DE PREMIOS.[1]

Señor Gobernador:

Señores:

Unas cuantas palabras me voy á permitir pronunciar desde esta tribuna, porque me parece de todo punto innecesario entrar en el estudio de cuestiones abstrusas y remontarme á pensamientos fatigosos. Todos vosotros sabéis perfectamente lo que significa esta fiesta, lo que simboliza para las esperanzas de la Patria este enjambre de espíritus, que sedientos de progreso y de ciencia, se congregan en torno de la sociedad y del Gobierno para recibir el poderoso estimulante del aplauso.

Traen su alma á nuestra vista: en ella no

1 Pronunciado en el Teatro Principal de Toluca en la repartición de premios á los alumnos de las Escuelas Oficiales del Estado de México, el 2 de Febrero de 1894.

existen más que las incitantes ansias de la gloria, los espejismos cada vez más lejanos de la dicha, y los sueños cada vez menos realizables del amor.

Nosotros los acogemos entusiastas, porque en esos lejanos espejismos de la gloria, en esos sueños, eternamente engañadores de la ventura y del amor, flota la página blanca de nuestra vida, surge el recuerdo eternamente níveo de nuestra historia. Nosotros nos sentamos por un momento en esas bancas infantiles, dividimos con la muralla impenetrable y lóbrega de los desengaños humanos, el hilo inmenso que une nuestros recuerdos antiguos con nuestras decepciones presentes, y sacudiendo ese árbol corpulento, ese follaje umbrío de la tristeza que nos cubre á nosotros y á todos los nuestros, levantamos las frentes para que sobre ellas caigan las brisas fecundantes, los rocíos celestiales, los perfumes embriagadores de la Esperanza! . . . . ¡Cómo envidiamos, los que ya hemos entrado á la lucha constante y cotidiana de la vida, los que ya sabemos lo que duelen la zarza que punza nuestros pies y la daga que se infiltra en nuestros pechos, cómo envidiamos, repito, esa edad en la que según la frase de un poeta, *de cada sainete vil se forja un drama;* pero en la que según la frase del mismo, para combatir todos los molinos, blandimos las alentadoras aunque débiles armas del Quijote; armas que ya nos faltan á nosotros, se-

ñores, porque ya no tenemos, ya no podemos tener, ni los mismos ideales que perseguir, ni las mismas Dulcineas que alcanzar. ¡Oh encantadora edad la de estas almas juveniles que se entregan á los sueños castos, que se dedican á los ideales vaporosos, que creen con la ignorancia envidiable de su inocencia y de su dicha, que la gloria es como estos premios, y que toda la vida es semejante á esta noche: pronto las armas del Manchego, las deleznables armas del soñador, serán reemplazadas por las armas del combatiente humano, por las de la verdad, por la ciencia que agosta todos los ensueños aéreos de la fantasía porque es como el sol, según la imagen de Justo Sierra, *apagadora de estrellas.*

Muchos claman, señores, contra esta época, y dicen en sus arrebatos de sectario que ya no pueden existir ni la fe con su calor de madre, ni la esperanza con sus ilusiones diamantinas, ni la caridad con sus tesoros inexhaustos; que esta es una época de descreimiento, de decepción, de desengaño, de duda; la ven como un miasma que envenena todos los pulmones sanos, como un microbio agigantado que contagia todas las sangres puras, como una hoja toledana que con el frío de la muerte se incrusta en nuestros cuerpos; y ni es época de desengaños y de descreimiento, ni es un acero homicida: es solamente una época de observación y de análisis, de ruda y honradísima franqueza, que nos despo-

ja, es cierto, de todos los misticismos del niño y de todos los jacobinismos del hombre, pero que nos enseña la verdad palpitante é inmutable, y si nos hiere á veces, es porque cada ensueño que nos quita, cada ilusión que nos apaga, es un cadáver que envuelto en la mortaja de nuestro cariño, tenemos que llevar al cementerio solitario y triste de nuestros recuerdos más queridos.

Pero este criterio de las ciencias positivas, este método eminentemente razonador y lógico que cada día se apodera más de los cerebros, es el único que puede dar al hombre el criterio exacto de lo que es la vida, al gobernante de lo que es la sociedad, al maestro de lo que es el niño, al médico de lo que es el enfermo, al juez de lo que es el criminal, al filósofo de lo que es el hombre, al sabio de lo que es la naturaleza; ¿por qué? porque en cada enfermo que sufre, en cada criminal que delinque, en cada niño que educamos, en cada sociedad en que vivimos, tenemos factores y circunstancias tales, que no podemos creer ni en la igualdad soñada por los demagogos, ni en la inferioridad ideada por los creyentes. Hemos suprimido, por lo tanto, el campo de las abstracciones, y nos hemos consagrado á la experimentación y al análisis; hemos destruído por lo mismo esa propensión de todos los espíritus á investigar el más allá, á conocer las causas eficientes, á descubrir los principios primeros, á ser eternos Edipos

de Esfinges inexcrutables, y más modestos que todos esos filósofos cavilosos, nos hemos conformado con lo que la observación nos suministra, con lo que puede caer bajo el dominio de la *verificación*, comprendiendo como Claudio Bernard, que intentar descubrir la esencia de las cosas es apuntar á un blanco al cual no llegan nuestros tiros. Y vosotros sabéis mejor que yo, cómo este método inductivo ha hecho adelantar á la enseñanza de la juventud, cómo progresa el niño haciéndolo pasar de lo concreto á lo abstracto, de lo simple á lo compuesto, de lo homogéneo á lo heterogéneo, de lo particular á lo general, llevándolo, por decirlo así, de la mano, por esa vía láctea de la idea que se extiende entre la observación de un hecho, la iniciación de una hipótesis y la comprobación de una ley.

Esta es la enseñanza moderna, la enseñanza útil y verdadera, preferible mil veces, aun cuando se dé en un cuarto de aldea, porque disciplina el espíritu, á la enseñanza hinchada, presuntuosa, severamente silogística de nuestras universidades antiguas; de aquella famosa Universidad de México, en la que maestros y discípulos, en controversias prodigiosas, empapadas de una erudición indigesta, discurrían largamente, puesta la toga, calado el birrete y con la más grave majestad, sobre lo que habría pasado en el mundo si no hubiera venido Jesucristo, ó sobre lo que haría un hombre con una estrella si la llegara á tomar con la mano.

Y es que entonces, señores, dominaba una corriente opuesta: se deseaba conocer lo incognoscible, se deseaba sondear lo insondable, se quería demostrar ó comprender cuando menos, lo que no era posible ni comprender ni demostrar: las reconditeces más ocultas del mundo subjetivo y de la vida extra-sensible. Sobre esta presunción ridícula se erguía el fanatismo, tiránico y dominador en todas sus manifestaciones: el estudiante que deseaba obtener un título de doctor en leyes ó de doctor en medicina, ó de cualquiera otra cosa, necesitaba jurar sobre los Santos Evangelios que siempre defendería la Inmaculada Concepción de la Virgen, y si no juraba, se le negaba el título: no era médico ni abogado, ni nada: era un hereje con todos los anatemas de la religión y las censuras de la sociedad sobre su frente!

¡Qué inmensa generación de ideas ha transcurrido desde entonces á acá; y sin embargo, señores, no hay que tañer todavía la lira pindárica del triunfo, tienen que resonar aún los laúdes elegiacos del dolor. Nuestro progreso es lento como es lenta toda evolución, y hay que cifrarlo no sólo en la enseñanza de la niñez y de los indígenas, sino en un cambio casi completo de carácter, de educación y de tendencias de todas las clases sociales. Es verdad que la ignorancia de los indios es un dique infranqueable; pero junto á esa ignorancia hay otro dique infranqueable también: la ignoran-

cia de las clases elevadas y la indolencia de la clase media. Creados como niños; sometidos al yugo de una nación extraña; impotentes ya hombres; tutoreados ya mayores de edad; nos formamos en el temor, en el encogimiento, en la apatía, nos acostumbramos á ver en toda empresa una lucha invencible y á no mirar más padre, ni más protector, ni más amparo, ni más guía que el gobierno; de aquí, señores, gran parte de nuestras desgracias: la falta completa de iniciativa individual, el abandono con que hemos visto todas nuestras cosas, relegando todos los deberes al Gobierno; de tal manera, que aquí el Gobierno cura enfermos, educa niños, hace abogados, asiste desvalidos, recoge huérfanos, y ni en las obras de caridad ni en las obras de enseñanza se ve la mano del individuo. Nuestra actividad se reduce á esperar las quincenas en la clase media; á recoger las rentas del agio ó de las fincas urbanas en la clase elevada. Hay, pues, que formar en estas generaciones que nacen, un espíritu más independiente y más práctico, libertándolas de la tutela del Estado. Es fuerza desviarlas á todo trance de ese lirismo de poetas que ha consumido el tiempo de nuestros mayores. Que no enamoren á mujeres que no les han de corresponder; que no persigan ideales que no podrán alcanzar: que se dediquen únicamente, señores, á cumplir el primer deber que según Spencer tiene el hombre sobre la tierra: ser fuerte y ser temi-

ble, para que puedan triunfar en esta lucha eterna de los malvados contra los virtuosos, de los aptos contra los ineptos, de los pigmeos contra los Hércules. Entonces sí seremos águilas en los espacios de la idea: mientras tanto, contentémonos con ser alondras que cantan al progreso!

JUAREZ.[1]

SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:

Con un fervor cada año más sincero, al mismo tiempo que más legítimo, el partido liberal de la República se reune en esta fecha para ofrecer á la memoria augusta y significativa de Juárez, el solemne homenaje de su veneración. Dos móviles guían á ese heroico partido para proceder de este modo: los altos méritos del Intachable Patriota cuya muerte se recuerda con un dolor sólo semejante al respetuoso culto que inspira su existencia; y la necesidad que tenemos de levantar los himnos del apoteósis á esa austera figura, en cu-

1 Discurso pronunciado en el Teatro Principal de Toluca, la noche del 18 de Julio de 1899, en representación del «Comité de Estudiantes» del Estado de México.

yo torno se alzan todavía los dicterios de la ingratitud y las calumnias de la traición. Doble carácter tiene, pues, la solemnidad á que asistimos, y no hacemos ni debemos hacer de ello un misterio. Sectarios é hijos á la vez, nos congregamos lo mismo para bendecir al Cristo que para lapidar al Iscariote.

Juárez que fué, cuando la Constitución peligraba, el símbolo de la Ley; cuando la Reforma estremecía á la Patria la enseña del Progreso, y en los tiempos en que la Intervención y el Imperio asolaron á la República el lábaro de la Justicia, es hoy el símbolo y la enseña de la gloriosa agrupación política que él presidió, y á la que debe México algo más que sus grandezas y sus triunfos: la eterna enseñanza del cumplimiento del deber, en circunstancias en que rara vez se ha cumplido, cuando todo se conjuraba en contra de la patria: los poderes aliados, las ideas hondamente arraigadas en el pueblo, la Iglesia combatida en sus principios y en sus intereses, la sociedad en sus creencias y en sus costumbres; cuando los anatemas de los clericales, las persecuciones y los odios acerbos é implacables del partido enemigo, sólo ofrecían la muerte en esta vida, y la eterna condenación en la otra, á los impávidos batalladores de la nueva causa. Y con una rectitud estóica, con una fe que parecía de apóstol, con una abnegación que semejaba de mártir, con una perseverancia imperturbable, más que humana, casi divina,

Juárez se erguía entre aquel cataclismo asolado como la estatua del deber, lo mismo en los momentos del triunfo que en los instantes agobiadores de la derrota: nada alteraba sus músculos de acero, ni su energía de bronce, ni su conciencia augusta como el mármol, y firme é impasible como un granito eterno. Nada logró que parpadease siquiera en aquellos días tremendos de la Reforma, en que dioses y cultos caían pulverizados, como nada logró tampoco en los aciagos tiempos de la Intervención y del Imperio que su constancia en la defensa de un derecho y en el cumplimiento de una alta obligación contraída ante el Pueblo, ante el Deber y ante la Historia, cejase un solo instante; cuando aquel incorruptible Magistrado se hallaba débil entre los poderosos, odiado entre los traidores, visto con compasión entre los tímidos, sin más esperanza en aquella situación de muerte, que aquella única esperanza del poeta antiguo: no esperar ya ninguna! Y Presidente de una República libre, Representante de un pueblo Soberano, Apóstol de una causa inmaculada, Defensor de un derecho herido, Depositario de una tierra que Morelos había santificado con su sangre y Almonte escarnecido con su venta, soy el Derecho, dijo, soy México hecho carne, la Patria personificada en uno de esos indios de Cuauhtemoc que dejaron en la antigua Tenoch, antes de ser esclavos, sus huesos

como alfombra, su sangre como incienso humeante para glorificar al vencedor.

Bastaría esta sola cualidad para que el nombre de Juárez figurase con una inmensa aureola de respeto en los anales de la Historia, pero un partido apasionado é ingrato, desleal é hipócrita, infidente y perjuro, tiene todavía el odio del despecho, que lo ha caracterizado siempre, para la memoria y para los servicios del intachable repúblico: escarnece la una, desconoce los otros, y en tanto que para los enemigos de Juárez, que fueron los de la Patria y los de la Civilización, guarda un culto vergonzante, no tiene una palabra de justicia para el Excelso Patricio, como no la ha tenido de amor para Cuauhtemoc, ni de respeto para Hidalgo, ni de homenaje para Melchor Ocampo; porque desde la hoguera del Rey Azteca, hasta los patíbulos de Chihuahua, de Ecatepec, de Tepeji y de Uruápam, los *tedeums* de la Iglesia y los Himnos de la Reacción han sido siempre para el que ha conculcado un derecho, nunca para el que lo ha sabido defender! ¿Qué sombra, qué eterna sombra ha velado la conciencia de esos hombres, que prenden todos los leños de su admiración en holocausto á Cortés y en honra de Calleja, que hacen un ser divino de Miramón, que han levantado para Forey el palio del servilismo bajo los muros de la catedral de Puebla, y coronado á Márquez por los ase-

sinatos de Tacubaya, en la basílica de Guadalajara? Algo que no me atrevo á calificar, pero que por fortuna va desapareciendo en nuestros días.

No es el partido liberal, como muchos creen, el que claudica, porque el perdón que en tiempos de paz ha concedido no es de ninguna manera la abdicación de sus principios; es el partido clerical que retrocede, no á sus últimas trincheras sino á sus últimos sepulcros; es el partido clerical que condenó la desamortización y admitió la contenta, que tuvo como amasiato corruptor el matrimonio civil y que hoy lo aconseja, que alzó todo el poder de sus excomuniones vitandas en contra de la Constitución y de la Reforma, y que hoy, por boca del Obispo de Campeche, avisa que no es necesario retractarse para morir absuelto; es él que se ha sentado á la mesa del presupuesto liberal, porque tras de sus largas amarguras y sus constantes derrotas, al ver á este pueblo que se engrandece, á este Gobierno que impulsa, protege y moraliza todos los ramos de la administración, á este país anárquico en otros tiempos, unido y compacto ahora para las luchas del progreso, bajo la égida de un grande hombre; al palpar que las garantías se respetan, que la Hacienda se enriquece, que la Instrucción se difunde, que todos encuentran un pan honrado que comer, que no hay un hogar en que no se alce una bendición para el glorioso y demócrata hi-

jo del pueblo que gobierna al país, al ver con sus propios ojos este cuadro de dicha, ha llegado á comprender ese partido, aunque no lo confiese, que sólo hay una Madre para los pueblos en la Historia del hombre: la República amante y generosa! Ha comprendido que él y la misma Iglesia deben á esa República sus mayores bienes, porque nada significan las restricciones que el orden público y la libertad de cultos han demandado, comparadas con la amplitud de acción en la esfera económica que la Independencia civil y eclesiástica ha traído consigo: amplitud cien veces preferible al denigrante protectorado antiguo, germen de constantes disputas entre los dos poderes: de humillaciones para el espiritual, y de desacatos y desobediencias para el civil. La Reforma que llevó á cabo, entre una tempestad de odios, esa alta y profunda independencia, que fué el fruto natural y por lo tanto debido de ese germen eterno de discordias, no ha sido sólo la obra difícil y gloriosa del presente, llevada á cabo contra preocupaciones seculares, sino también el cimiento sólido y fundamental del porvenir, lo mismo que la consecuencia lógica y espontánea del pasado.

Lógica y espontánea, señores, porque siglos hacía que el clero era un problema difícil para los gobiernos de México. Lo fué desde los tiempos del virreinato, en que no una, sino varias veces, opuso su poder formidable

frente al poder civil; lo fué por el incremento de sus riquezas y el afán de acapararlas, que no á jacobinos, que entonces no los había sino á obispos santos y venerables como el Sr. Palafox, obligaban á exclamar que hacían con sus riquezas la ruina y perdición ajenas; que no á autoridades liberales, sino á un Ayuntamiento del siglo XVII, el de 1664, obligaban á pedirle á Felipe IV que se limitara á los clérigos el poder de adquirir, porque de lo contrario en breve serían señores de todo, y que encargase á los obispos que no ordenaran más clérigos, porque en unas cuantas Provincias de la Nueva España había ya más de 6,000 sin ocupación ninguna; que no á pensadores coetáneos del Nigromante, sino á políticos del mismo tiempo de Felipe IV, obligaban también á encarecerle, que los bienes raíces del clero fuesen tenidos por propios del Estado, y que no se consintiera á los frailes mezclarse en los asuntos del Gobierno ni en otros que no fueran los de su carácter y su ministerio.[1] Desde aquellos tiempos de piedad existían pues los grandes peligros, los abusos é inconvenientes que, hecha la independencia de México, los gobiernos posteriores quisieron corregir con la cooperación de la Iglesia, sin obtener de ella nada; hasta que Juárez, impávido ante la enorme evolución que provocaba, cuando la sociedad escarnecía aún á los

1 Véase Vigil, «México á través de los siglos»

autores del Código de 57, lanzó el de la Reforma: esto es, desafió en un segundo las ideas de tres siglos; el poder de una Iglesia altiva y guerreadora, y las creencias de un pueblo, hasta entonces timorato, que miraba hundirse en el abismo todo lo que él amaba como grande, todo lo que veía como divino. Juárez se levantó sereno contra todo: contra las riquezas y contra las ideas, contra la intervención en la política y la intervención en la familia, contra el poder en la vida y contra el poder en la muerte: declaró la Independencia entre los dos gobiernos, nacionalizó los bienes eclesiásticos, instituyó el matrimonio civil, abolió los conventos, secularizó los panteones. convirtió en suma, en sombra y nada á aquella entidad tiránica que era libro en la escue la, evangelio incendiario en la Cátedra Santa, y no de amor ni de concordia, jefe espiritual y mundano en los hogares, consejero ú obstáculo en los asuntos públicos, según cuadraba á sus miras, pues en tanto que esgrimía hasta las armas del cielo contra la Reforma, mandaba entregar á la Reacción los vasos de los altares y las alhajas sagradas de las Vírgenes, porque veía que su poder agonizaba, que aquellas eternas rivalidades con la autoridad civil habían hecho la tempestad vibrante y formidable en torno de sus grandezas; que en una palabra, ya habían surgido los hombres encargados de decirle al pueblo que era antieconómica aquella preponderancia fi-

nanciera, é indebido y funesto aquel influjo político y social. No de otra suerte pensaba el mismo Hernán Cortés desde los primeros tiempos de la Conquista, al aconsejar á su Soberano que los clérigos estuviesen bajo la dependencia del gobierno, y expensados por él, para evitar, sin duda, su enriquecimiento y su arrogancia.

A puntos más avanzados llegaron, si se quiere, los Reformistas; pero las excitativas de que he hablado, hechas á los Monarcas españoles desde aquellos días de hondo temor á Dios, prueban con evidencia que no fué una evolución satánica, ni un torpe afán de lucro y de despojo el de los innovadores del 59, sino el cumplimiento imprescriptible de una necesidad en nuestro ser político, sentida ya por los más cristianos gobernantes y aun por las mismas autoridades eclesiásticas. No pudo, pues, desconocerse entonces la utilidad de la obra predicada en nombre de la riqueza pública, de la tranquilidad política y de la moralización social, porque en todos estaba, hasta en el mismo clero, la convicción de que sus bienes, injustamente adquiridos, más con las expropiaciones de la Amenaza que con las generosidades de la Piedad, eran nocivos: de que los muros de sus conventos, antes asilo de los Sahagún y los Las Casas, y entonces teatro de escandalosos vicios y corruptoras escenas, merecían sucumbir, más que por la barreta de la Reforma, al fin humana, por

el fuego devastador que, según la leyenda, Dios hizo caer sobre dos pueblos podridos. Estas eran la convicción y la necesidad de la época, pero lo que nadie hubiera osado practicar, Juárez lo hizo sosteniendo para ello la lucha civil más sangrienta de nuestra Historia. Quiso la Justicia, señores, coronar su empresa con el triunfo de Calpulálpam, pero cuando aquel hombre que había visto impertérrito, como el varón de Horacio, que un mundo crujía sobre sus espaldas, pensaba dedicarse á la aplicación pacífica de sus ideales, vinieron la Intervención y el Imperio, las nuevas formas con que el partido clerical lo combatía, los nuevos recursos que tocaba para recuperar sus vanidades. Juárez no parpadeó tampoco. Ya no eran las nuevas ideas sino los viejos derechos de la Patria los que debía defender, y con aquella firmeza de su carácter y rectitud de su conciencia, que jamás le permitían vacilar ante una obligación, asumió la actitud más digna que haya visto la Historia.

Quiso de nuevo la Justicia concederle no sólo el triunfo en la defensa de los viejos derechos de la Patria, pérfidamente conculcados por una facción de parricidas, sino á la vez la inesperada, aunque justiciera sanción de sus actos anteriores. En verdad! El Imperio que había venido al conjuro de los obispos, acaudillado por los católicos, ungido santamente por las bendiciones paternales de Pío IX y con los juramentos de adhesión á la Sede

Romana, fué, por tremendo castigo á los infidentes que lo habían llamado, en sus relaciones con el clero la continuación de la Reforma, y en su política con los traidores, el apogeo de la burla, del desprecio y del engaño. No recobraron nada de lo que ellos pretendían recuperar, y aquel débil Archiduque, con su política hermafrodita é incierta, ni intentó siquiera destruir lo que había sido llamado á derribar; admitió por lo contrario la nacionalización de los bienes eclesiásticos, la supresión de los conventos, extinguió la Universidad Pontificia, restableció el matrimonio civil, y hasta dió, señores, un decreto para que se trabajase los domingos! ....

¿Por qué, pues, ese culto que le rinden todavía los reaccionarios, y ese odio á la obra de Juárez? ¿Por qué á éste se le veía en los momentos en que había salvado á su República, como al poeta salido del infierno en las calles florentinas, en tanto que los decentes, los católicos, se agrupaban en torno del cadáver del Hapsburgo para comprar á precio de oro, hasta sus descomposiciones fisiológicas?

No me lo explico en realidad. Sólo, señores, porque no era la pureza del dogma lo que preocupaba á aquellos hombres, sino el uso de ciertas preeminencias; pues el partido clerical en nuestra Historia, siempre ha alzado el grito de Religión junto al de Fueros: esto es, ha combatido siempre por la Fe y por la

Conveniencia, por Dios y por el Dinero, por los bienes celestes y por los del Poder y los del Mundo. Juárez concluyó con éstos, y su labor intelectual y política es la que nos toca defender.

A los pueblos, señores, no los forman las Cofradías ni las Congregaciones, sino las Escuelas y los pensadores.

México levanta ahora, entre sus manos, el amplio pabellón de la enseñanza laica. Bajo sus pliegues se cobija esta juventud que me ha traído inmerecidamente á la tribuna; este Instituto gloriosísimo que vió á Ramírez en sus cátedras severas, y á Altamirano en sus bancos de Colegio.

Yo le pregunto en esta noche memorable si abdicará alguna vez, y oigo sus juramentos que me dicen: que es hija de este Estado que oyó entre las enhiestas serranías del Monte de las Cruces, el primer canto de Hidalgo al Dios de los pueblos libres, y el último suspiro de Leandro Valle y Degollado á la patria de los hombres progresistas.

Basta con esto, señores, para vaticinar su porvenir!

LA CORREGIDORA DE QUERETARO.[1]

Señor Gobernador:

Señoras y Señores:

Es una deuda inmensa de amor la que paga en estos instantes la ciudad de México, al erigir en este sitio—que fué el de su nacimiento—y en esta fecha—que es la de las libertades de la Patria—un monumento á la ínclita patricia, cuyo cuerpo eternizado por el bronce va á aparecer á nuestra vista, con más grandeza que nuestra carne efímera, con más vida que nuestra propia vida, con más aureolas de gratitud y más nimbos de gloria, que los que rodearán en el rápido é inevitable cur-

1 Discurso pronunciado por encargo del H. Ayuntamiento de México, el 5 de Febrero de 1900 en la inauguración de la estatua levantada á Dª Josefa Ortiz de Domínguez en la Plaza de Santo Domingo.

so de las generaciones posteriores; á muchos de los que desfilen bajo sus pies sagrados, á muchos de los que pasen frente á sus ojos de madre, de madre eterna, eterna como el amor y como la libertad, que fueron la causa y el efecto de sus obras.

Nada valemos, señores, nade vale el hombre junto á estas figuras impasibles de metal ó de piedra; como nada valen estas figuras ante los seres que recuerdan los hechos y las virtudes que proclaman, los sacrificios y los heroísmos que pregonan.

La estatua es el cadáver del dios amado al que la gratitud redivide, es el muerto glorioso al que los vivos extraen de su sepulcro para levantarlo hasta el altar perenne del amor, es el ser idolatrado de la Historia, al que dan la existencia, no al padre ni la madre, sino los mismos hijos, y ante ese ser que ha vivido la doble vida de la carne y del bronce nuestra existencia finita se prosterna. Así venimos confusos y rendidos ante la majestad de esa heroína; porque pasarán nuestros años como los ríos del poeta antiguo, morirán las bocas que hoy la aclaman, se apagarán los ojos amorosos que hoy la miran, y ella, serena, imperturbable, continuará en este sitio, con el mismo sol de Anáhuac arriba de su frente, con las mismas bendiciones á sus plantas; mientras la Patria viva, esa Patria que ella arrojó pequeña y desvalida de su claustro de madre para nutrirla después en su seno de diosa.

Y eso, señores, que cabe en unas cuantas frases de un discurso lo que hizo esta mujer excelsa; pero apenas cabrá en todas las páginas de un libro, la trascendencia inmensa de sus obras. No son su entusiasta apostolado, su padecer contínuo, su cruzada incesante, sus prisiones augustas, lo que la inmortalizan tanto en nuestras almas, es más que todo, un *recado*, un aviso oportuno, un alerta inmortal, una frase que inspiró el patriotismo y que produjo la gloria, una frase señores, breve y sublime como la que hizo la luz. Esa frase ocasionó el movimiento de Dolores, aquel glorioso movimiento que entusiasmó á los tímidos, que levantó á los débiles, que enardeció á los patriotas, que demostró á la raza nacida según la frase de un virrey, para callar y obedecer, que esta vida humillante no era cierta, porque ya la Conspiradora de Querétaro y el Párroco de Dolores, no habían callado ni habían obedecido, se alzaban, al contrario, frente á las llamas de la Inquisición aquí en la tierra, frente á las del Infierno en la otra vida, que habían de conjurar los odios terrestres y las pasiones políticas de los obispos paniaguados; se alzaban como todo el que sufre, con el alma en un Dios y con la fe en un triunfo. Ya la Nación, como lo dijo Morelos, abría los labios para reclamar sus derechos, y empuñaba la espada para ser oída. Y la empuñó, señores, y vino después la lucha, formidable y homérica, esa lu-

cha en que, según la frase brillante de un orador ilustre, los hombres cayeron á millares como caen las hojas de los bosques, arrebatadas por el huracán: no les damos aún á esa época ni á esos héroes todas las ofrendas de amor y de reconocimiento que merecen, ellos que se irguieron y lucharon en una sociedad timorata, contra ideas y poderes seculares, hondamente arraigados por el terror en la conciencia pública, y sostenidos por el servilismo, por la indiferencia ó por el miedo.

«¡Qué ánimo dice, con inmensa justicia Ignacio Ramírez, refiriéndose á la Corregidora en un discurso que los mexicanos deberíamos esculpir en letras de oro, que ánimo tan generoso se necesitaba entonces entre los dijes del tocador y las devociones del oratorio, y las preocupaciones de raza, y el orgullo de una clase distinguida, para comprender el amor á los esclavos, para transportarse á la esfera de la democracia, para desoír los anatemas de la Iglesia, para desdeñar los insultos de parientes y amigos, para estrechar entre sus brazos cubiertos de gasas al ensangrentado pueblo y para sacrificar marido, hijos, hermosura, riqueza, todo por dirigir desde las rejas de una prisión el primer saludo á la Patria;» á esa Patria, señores, que hoy la bendice, y que recuerda, con vanidad, una por una, las virtudes todas de su corazón.

Yo he leído rasgos de su alma que me la presentan noble y activa cuando en el camino de su cautiverio ni los alimentos del Gobierno español quería aceptar; demócrata sincera, cuando en el odioso imperio de Iturbide rehusó el empleo de primera dama de honor de la Emperatriz: humanitaria y sagaz cuando los infames excesos de Granaditas en que, según un biográfo, escribió al Sr. Hidalgo reprobando con inaudita energía aquellos hechos, y haciéndole comprender que no eran esos los medios que debían emplearse para prestigiar á la revolución; compasiva y exenta de todo rencor á los que la habían torturado con sus persecuciones y sus cárceles, cuando los sucesos del Parián contra los capitalistas españoles, en que según el mismo biógrafo hizo salir en el acto de su casa á un héroe insurgente que si no había cometido sí había tolerado aquellas deshonras para México; desinteresada y patriota cuando triunfó su causa, y no quiso aceptar ninguna de las recompensas que le otorgaba la Junta constituída para premiar á los que habían luchado por la Independencia de la Patria; por último, señores, levantada y profética en las rejas de su prisión, al exclamar ante los guardias que la rodeaban: «tanto soldado para custodiar á una sola mujer, pero yo con mi sangre, les formaré un patrimonio á mis hijos: el patrimonio de la Libertad.»

Yo recuerdo esos rasgos, y comprendo en-

tonces la justicia que simboliza esa estatua, glorificación de una mujer, de una época y de un sexo. De un sexo he dicho, y me vais á permitir que en estos momentos solemnísimos traiga á vuestra memoria nombres que no debemos olvidar, y hechos que á cada instante necesitamos aplaudir. Esta heroína, cuyo monumento eterno descubrimos, tiene un mérito más de los que os he narrado; fué la causa de otras cien heroínas, la precursora de eminentísimas patricias, cuyas hazañas memorables hoy más que nunca, en esta apoteósis de la mujer mexicana, tenemos que relatar como holocausto á la Corregidora misma, cuyo ejemplo tantas supieron seguir, cuyo patriotismo, tan heroica, tan gloriosa y desinteresadamente muchas supieron imitar.

Un autor benemérito de nuestras letras [1] las ha recordado ayer, en las columnas de un periódico, y ninguna ocasión más propia que ésta para popularizar la labor patriótica de ese historiógrafo, resucitando como él, en nuestros recuerdos, á aquella valiente y perseguida Leona Vicario que sostenía correos é imprentas, que mandaba dinero á los independientes y que vendió sus joyas para comprar bronce y fundir cañones; á aquellas María Tomasa Estévez y Luisa Martínez, fusiladas, la primera, por Iturbide, y la segunda por D. Celestino Negrete; á Dª Gertrudis Bo

1 D. Luis González Obregón.

canegra de Lazo de la Vega, que murió también pasada por las armas en la plaza de Pátzcuaro, á Dª Manuela Herrera, que como dice el mismo erudito escritor, «quemó su hacienda para no procurar recursos á sus enemigos, y perseguida después, robada, insultada por una soldadezca incapaz de respetar el heroísmo, tuvo que vivir en medio de los bosques, desnuda y hambrienta, como una eremita consagrada en la soledad para rogar á Dios por la salvación de su Patria,» á aquella gloriosa capitana Dª Manuela Medina que estuvo en siete acciones de guerra y que murió á consecuencia de dos heridas que recibió en las batallas, y sobre todo, señores, á Dª Antonia Nava, esposa del insurgente D. Nicolás Catalán, y á Dª Catalina González que en el sitio de Tlacotepec, cuando los víveres se habían acabado y el General Bravo mandaba diezmar á sus soldados para que de sus carnes comiesen los demás, se presentaron ellas: «Venimos, dijo la primera, porque hemos hallado el modo de ser útiles á nuestra Patria; no podemos pelear, pero sí servir de alimento. He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración á los soldados» y, dice el cronista, «dando el ejemplo de abnegación, sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho; cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquel rasgo sublime.»

El tiempo pasó, señores, y esa misma mujer, ante su esposo muerto, asesinado por los

realistas, «no vengo á llorar, le dijo al inmortal Morelos, no vengo á lamentar su muerte. Cumplió con su deber. Vengo á traer cuatro hijos: tres pueden servir como soldados, y otro, que es niño todavía, será tambor y reemplazará á su padre.»

Ante grandezas de esa especie, ¿qué valen, como decía yo al principio, estos míseros bronces que los pueblos agradecidos levantan á sus heroínas y á sus héroes? ¡Nada, señores! Pero hay los monumentos que levantaba el poeta clásico; los que perduran más que el mármol y que el hierro, los que te ha levantado antes que esta estatua, insigne Corregidora, la tierra que redimiste con tu amor, y que vas á volver á ver transfigurada, feliz, ¡cuán distinta de lo que tus ojos la vieron en los días de los largos sufrimientos! ¡qué digna de los que tú aprestaste por ella, sin más afán que el de mirarla libre, trabajadora y próspera! Así está hoy. Ha vertido, después de tu muerte, mucha sangre para conservar tus ideas, para defender sus hogares, para consolidar su Independencia, para obtener la libertad inapreciable del Pensamiento humano; y lo ha logrado todo, y ahora te levantas en el centro de una Nación que tú miraste triste, desfallecida, pobre, y que hoy la encuentras sonriente por sus esperanzas, orgullosa por sus conquistas, fuerte y respetada por su trabajo. Te levantas en este sitio, en donde nuestros antepasados encontraron el

águila y por mandato de sus dioses fundaron una ciudad, y en donde nosotros, por mandato de nuestras almas, que han hallado una madre, te hemos ofrecido esta estatua. Tiende desde ella la vista: donde quiera que la fijes, encontrarás al Progreso que te saluda, á la Fraternidad que te sonríe, al Pueblo, antes ignorante y rudo, y que hoy desfila orgulloso, del hogar al taller, del taller á las aulas; al Pensamiento que te aclama, ese que tú miraste perseguido, muy cerca de aquí, en el sitio en que ahora se levanta en cambio la Escuela en que se estudia la vida, se analiza el corazón y se examina el cerebro.

Todo se ha transformado; todo se seguirá perfeccionando con los esfuerzos y con la virilidad de nuestra Patria. Esta es la promesa que te hacemos en los momentos mismos de tu glorificación; á los pies de tu estatua. Seremos como ella, para seguir el consejo de un pensador profundo: los hombres han de ser lo mismo que las estatuas: han de estar siempre en su puesto!

Así estaremos nosotros, así estarán las generaciones mexicanas que deben sucedernos en el incalculable curso de los siglos venideros, y sólo de esta suerte, independientes y patriotas, podrán atravesar bajo tus plantas, poner sus ojos en tu efigie gloriosa, y decirte desde lo más sagrado de sus almas: ¡MADRE DE LA LIBERTAD, SOMOS TUS HIJOS!

EN UNA EXPOSICION.[1]

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

En los tiempos brillantes de paz y de engrandecimiento que nos ha tocado en suerte alcanzar, y á vos señor Presidente conseguir, no es un suceso extraño, no es una fiesta exótica la solemnidad á que con verdadero gusto concurrimos. Semejantes á ella se han verificado ya en este mismo punto varias veces, y distintas por el objeto, pero no por la trascendencia ni por la significación, se celebran á diario en el próspero, tranquilo y venturoso terreno de la patria.

¡Vos lo sabéis muy bien, señor! Recorrís-

1 Discurso pronunciado por encargo de la Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento en la repartición de premios á los expositores de Coyoacán, el 25 de Noviembre de 1900.

teis la República en los amargos días de los dolores nacionales, en esos que tocaron también en suerte á los gobernantes de México de la presente centuria, cuando las hondas divisiones de la discordia civil, las sangrientas cruzadas de las ideas políticas ó las infames guerras de la traición, ensangrentaban en un sentido y desangraban en otro esta tierra tan pródiga, tan sufrida, tan despreciada, tan viril; y hoy la estáis recorriendo en los calientes días de la prosperidad y del trabajo, y donde quiera que vais, la escuela se abre, la locomotora camina, la fábrica canta en su torre ennegrecida la epopeya del fuego, y la bandera de la patria, esa que tanto seguísteis antes y que ahora os sigue á vos por todas partes, ondea feliz ante el pueblo, ante ese pueblo que mil veces mirásteis abnegado y patriota pero hambriento y desnudo, y que en estos tiempos, al veros aparecer en una de estas fiestas del progreso, rompe siempre en un aplauso unánime que no es la lisonja palaciega ni la adulación servil y vana, sino el lenguaje espontáneo y elocuente en que todas estas ideas se encuentran confundidas: dicha, abundancia, prosperidad, trabajo, esperanzas, unión; y sobre todas estas ideas, un sentimiento sano: la gratitud al hombre, que puede decir, parodiando á Temístocles recordado alguna vez en esta tribuna por un notable orador: Yo no sé empuñar la lira, pero sé cómo se convierte una aldea humilde en ciudad

grande y gloriosa, un México indolente y anárquico en un México progresista y compacto!

Y aquí tenéis la prueba, señores, en esta fiesta sencilla en su exterior, grandiosa en su origen y en su objeto, porque demuestra de una manera palpitante el amor al progreso, en la órbita gloriosa de la iniciativa individual.

Nacidos nosotros de dos razas, cuyas cualidades y defectos no es de este sitio analizar, lo cierto, lo evidente es que llegamos á la primera década del siglo anestesiados, que la política hispana fué maternal, fué tranquila, fué todo lo que sus admiradores digan, pero cloroformizadora y absorbente, y que á cambio de ciertos bienes, raquíticamente repartidos, como la religión, la lengua y las costumbres propias de una cultura superior, trajo en gran parte ese enorme enemigo que hemos tenido y tenemos todavía que combatir: nuestra educación opuesta al ejercicio y desarrollo de las energías individuales. Creados como niños, según he dicho en otra ocasión, sometidos al yugo de una nación extraña, impotentes ya hombres, tutoreados ya mayores de edad, nos formamos en el temor, en el encogimiento, en la apatía; nos acostumbramos á ver en toda empresa una lucha invencible, y á no mirar más padre, ni más protector, ni más amparo, ni más guía que el Gobierno, que era algo así como el catolicismo en la Edad Media que,

en concepto de un pensador célebre, intervenía en la voluntad, en el pensamiento, en la educación, en el trabajo del individuo, á quien recibía en la cuna para no abandonarlo hasta el sepulcro.

Y á esta fuerza irresistible de la herencia y de la tradición, unióse, señores, ya libre la Colonia, la incontrastable del medio, y á la paz monástica del virreinato sucedió el desenfreno de las pasiones retenidas: vinieron las asonadas, las ambiciones civiles y militares, los odios de partido, la bancarrota, el desprestigio, el desprecio del mundo civilizado, ¡todo menos el trabajo! ¡todo menos la Patria! la Patria en el alto sentido en que hoy la queremos y la honramos.

Y aquél era un círculo vicioso: el pueblo no contaba con el Gobierno, el Gobierno no contaba con el pueblo: ambos malgastaban sus vidas en esa lucha estéril del presente, hasta que vinieron los hombres que llevaron á cabo las dos grandes cruzadas de nuestra historia contemporánea: contra el pasado: la de la Reforma, y la del porvenir: contra la Intervención y el Imperio. Destruyó la primera elementos é ideas contrarios al progreso, dió á la República veneros económicos de fecundante vida, y la segunda hizo que el pueblo tuviese fe en sus derechos y esperanza en sus causas. De entonces arranca nuestra emancipación moral, que no pudo desde luego engendrar sus benéficos frutos, porque no era fácil restañar

en horas las heridas de tantos años, hasta que vino también el hombre que está poniendo en la práctica la famosa respuesta del poeta Goethe: ¿Cuál es el mejor Gobierno?—El que nos enseña á gobernarnos á nosotros mismos. Esto es, señores, el que disciplina, el que conserva, el que administra, el que inculca el amor al trabajo, el respeto al derecho, la sumisión á las leyes; el que apaga los rescoldos siempre hirvientes de las pasiones humanas, el que procurando que todos lleven un pan honrado á sus hogares, sofoca las ambiciones de los descontentos, estimula las ansias de los progresistas, y atrae en torno suyo insensible pero resueltamente las voluntades y los esfuerzos de las masas, logrando de este modo que el Gobierno sea lo que un profundo observador de las sociedades contemporáneas Leroy Beaulieu, combatiendo las viejas comparaciones fisiológicas de que el Estado es el cerebro de las sociedades, dice: que el Estado debe sentir y debe pensar lo que todos sienten y lo que todos piensan, y que es únicamente un órgano de regularización, para conservar y para generalizar.

Extemporáneo sería que me entregase yo en estos instantes á analizar la gestión administrativa actual, pero no lo es en cambio puesto que nos hallamos en una fiesta del progreso, promovida por una benemérita sociedad de particulares, dar algunos datos estadísticos que prueban de un modo indiscuti-

ble el desarrollo de la iniciativa y del trabajo individuales en la República durante los tres últimos lustros, y por ellos se viene en conocimiento que la industria que hace 15 ó 16 años tenía en México 363 fábricas de importancia, hoy cuenta con 1,081; que la minería en el período de 1883-1889 tuvo un aumento en el valor de su producción de más de.... $88.000,000; que la propiedad rústica en el mismo lapso de tiempo subió en valor fiscal $206.953,875.80; y para no fatigaros con tanta cifra no hablo del comercio, ni de los bancos, ni de los ferrocarriles, ni menos aún de los ramos que dependen directamente del Gobierno. Todos sabéis muy bien cuán prospero estado guardan la Hacienda y la Instrucción Públicas: la primera, que ha realizado lo que entre nuestros antepasados hubiera parecido un sueño: tener cada año millones de excedente, y la segunda que sostiene en la Nación cerca de 10,000 escuelas primarias con más de 450,000 alumnos, cuando—hay que recordarlo, señores, en estas postrimerías del siglo actual,—en 1794, esto es, al terminar la pasada centuria, el inmortal Revillagigedo confesaba que en toda la Nueva España sólo había 10 escuelas primarias, lo que quiere decir—y hay que decirlo—que la colonia fundó un plantel cada 30 años, y la República en cada año ha establecido más de cien.

Y junto á estos trabajos del hombre para el progreso del hombre, aparecen ahora los

trabajos para el progreso de los animales, para el mejoramiento de estos seres de especies inferiores que tanto influyen en nuestro mejoramiento colectivo y personal; que han sido los dioses de todos los pueblos primitivos, los maestros de la niñez en nuestros mismos días puesto que de ellos la fábula ha arrancado ejemplos que nunca se nos borran, las creaciones eternas de muchos artistas y escritores; que son los que satisfacen nuestros lujos, los que vigilan nuestras propiedades, los que aumentan nuestras riquezas, los que proporcionan nuestro *confort*, los que recrean nuestros hogares, los que sacrifican como mártires de la ciencia su vida en aras de la nuestra, los que desempeñan en nuestro organismo el más alto papel: el de la alimentación de nuestro cuerpo, problema enorme para el mejoramiento y desarrollo de las razas, los que proporcionan á nuestra misma superioridad moral é intelectual, modelos admirables de abnegación, de fidelidad, de constancia, de previsión, de organización, de perfectibilidad en sus obras, de nobleza, de amor á los hijos, de lealtad á los que nos quieren, de infinita paciencia para los que nos hacen padecer.

Protegerlos, es un deber aconsejado por la moral, mejorarlos es una obligación impuesta por nuestra misma conveniencia. Dos caracteres simpáticos, tiene, pues, la brillante Exposición celebrada en este sitio por la Sociedad

Anónima de Concursos de Coyoacán, cuya labor meritísima cada año obtiene un triunfo más plausible.

Nacida con elementos escasos, su perseverancia y su energía la han levantado hasta la altura en que hoy se halla, y cada vez que abre las puertas de este magnífico edificio erigido con sus esfuerzos, México admira cosas que antes no conocía; y estos certámenes de aves, de ganado, de plantas, de peces y de maquinaria, presentan á nuestros ojos progresos que nos admiran, y elementos de vida y de riqueza para nuestro suelo que no hay un poseedor de una parcela que no deba estudiar. Por dicha para la patria, el generoso estímulo de la Sociedad Anónima ha dado frutos; cada concurso es más notable, aumentan los expositores, se perfeccionan las razas, son más hermosos los ejemplares que se exhiben y es más vivo el afán que se despierta entre nuestra gente de campo por responder de una manera victoriosa á las altas miras y patrióticos fines de la sociedad que los convoca.

Prueba de ello es el crecido número de ilustrados expositores que van á recibir en estos momentos su bien ganada recompensa, y á los que felicito con entusiasmo porque siembran para la República y para sus habitantes gérmenes nuevos de salud y de engrandecimiento.

Para ellos, para la Sociedad Anónima de Concursos de Coyoacán, para el Ministerio de

Fomento, y muy especialmente para su sabio y honorabilísimo Jefe que ha impartido valiosa protección á estos certámenes, nadie que no vea en todos estos actos algo muy grande para el porvenir de nuestra patria, puede tener otra cosa que un aplauso entusiasta.

Yo les tributo el mío, y desciendo con verdadero orgullo de esta tribuna porque he hablado en una fiesta del Trabajo. Y el Trabajo, señores, ha dicho recientemente el alto Magistrado que nos preside, en una solemne ceremonia de la Industria, es la única fuente lícita de riqueza, el vigor más sano para el cuerpo y el germen más fecundo de las virtudes cívicas.

POR LOS MUERTOS. [1]

Por un instante, señores, quiero que se extingan en vuestros labios los votos por el porvenir, y que se despierte en vuestra mente, vigoroso y tenaz, el recuerdo de las glorias del pasado. No es un brindis por vosotros el que propongo; no bebo tampoco por vuestra unión perpetua: bien sé que á veces entre el estruendo del festín, parece estéril y falso el juramento que más tarde, en el momento de la adversidad ó del combate, es realidad que sirve como de luz y de consuelo al alma herida. Mi saludo á vosotros, es un saludo á vuestros genios. Me recordáis en este instante algo que debe hallar un aplauso en esta mesa, y una bendición santa y sincera en esta hermosa apoteósis de la fraternidad y de la idea.

1 Discurso pronunciado en nombre de la Prensa Asociada de México en el banquete con que el 23 de Agosto de 1891 obsequió á su Sucursal de Toluca.

Venís de la tierra que ostenta en sus fastos de la inteligencia las glorias más limpias de nuestras letras patrias. Allí, en el antiguo Estado de México, en donde libráis vosotros diariamente la batalla del pensamiento, han nacido: en el siglo XVII la pensadora ilustre en cuyo espíritu anidaron las facultades más diversas, la monja eximia que concentró en sí toda la ciencia y toda la gloria de su tiempo; en el siglo XVIII, el más modesto, el más fecundo, el más laborioso de nuestros sabios de aquella época, y en la centuria presente el romántico más grande de nuestro teatro y el satírico más donoso de nuestras letras.

Por ellos, señores: por aquella poetisa excelsa que pasmó á sus coetáneos, que pasmó á sus pósteros, que pasmará á los nuestros: por Juana Inés de la Cruz, la hija más grande del Estado que representáis. Por él, señores: por Alzate, el botánico, el publicista, el sabio, el oscuro y olvidado hijo de Ozumba, que no tiene hoy la fama que le corresponde por sus esfuerzos y por su ciencia. Por el lírico y dramático inmortal que significa en nuestra historia literaria el esplendor del romanticismo exento de deformidades y el alborear de la literatura nacional radiante de bellezas, por Rodríguez Galván, y por su insigne contemporáneo el padre Ochoa que, si austero como sacerdote, tuvo como poeta el desenfado y el ingenio epigramáticos. Por ellos, señores: levantemos nuestras copas por esos escritores

inmortales, y levantémoslas aquí, en esta agrupación que representa al pensamiento libre y unido á la vez, libre por la conciencia, unido por el corazón. Levantémoslas nosotros que vivimos en un medio antagónico del medio en que ellos vivieron, cuando ya no hay quien mande, como á Sor Juana Inés de la Cruz, que no escribamos; cuando ya no tenemos, como Alzate, necesidad de formar en nuestras casas un pobre gabinete para estudiar las ciencias, cuando ya el que vuela con las potentes alas del genio poético tiene espacio más amplio que el que tuvo Rodríguez Galván: el mostrador de una librería, y escenario más dilatado que el que tocó al padre Ochoa: el curato de un pueblo. Levantémoslas por ellos que lucharon con la indiferencia de unos, con las preocupaciones de otros, con la envidia de muchos, con la ignorancia de todos; levantémosla orgullosos ya que no hay estigmas para el escritor honrado, ni trabas, ni persecuciones, ni desprecio para el que crea. Siempre existe ahora, cuando menos, una mano que sostiene, una palabra que estimula, un aplauso que alienta, un corazón que fraterniza. Que esos genios encuentren, pues, en esta mesa, lo que en la vida no encontraron: corazones que los recuerden, aplausos que los glorifiquen, manos que los bendigan y palabras que los ensalcen.

Que lo encuentren todo, señores, ellos que en las sombras en que vivieron no encontra-

ron más ángel que el iracundo del Paraíso que los arrojaba, blandiendo su ígneo acero, del templo de la inmortalidad al que anhelaban penetrar. Recordando á estos mártires del pensamiento, saludemos á los periodistas del Estado de México. Bebamos nosotros por los genios de quienes descienden estos hermanos, y beban ellos por el mártir y padre de quien desciende la prensa metropolitana: por el Pensador Mexicano.

Por los nuestros y por los suyos. Por la heroica tierra en que la patria insurgente halló el primer lauro para sus hijos. Por el ilustre suelo en que han caído liberales como Leandro Valle y Degollado; en que han brillado pensadores como Ignacio Ramírez, artistas como Rodríguez Arrangoiti, repúblicos como León y Simón Guzmán y Manuel Alas, benefactores como González Arratia, sabios como del Moral, maestros como Sánchez Solís, guerreros como Plutarco González, gobernantes como Gómez Pedraza, como Múzquiz, como D. Lorenzo de Zavala, como los inolvidables D. Francisco Modesto de Olaguíbel y D. Mariano Riva Palacio. Para todos un aplauso; para cada uno de ellos una gota, una gota siquiera, de estas hirvientes copas que vamos á chocar.

IMPRESIONES Y NOTAS.[1]

I

MANUEL PEREDO.

Aparece hoy al frente de esta entrega el retrato de Manuel Peredo, crítico egregio muerto hace unos cuantos días para luto de las letras nacionales.

Veinte años llevaba el ilustre académico de no dar para la prensa una sola línea, y durante ese largo lapso de tiempo en que enmudecieron el poeta de inspiración festiva, el crítico de instrucción profunda y el dramático de buenas y aplaudidas aptitudes, no lograron las pasiones humanas empañar un solo instante la limpia fama de Peredo, ni arrebatarle al castizo prosista el poderío literario que él supo conquistar en noble y disputada lid. Lejos de eso, Peredo al contemplar la ver-

1 Artículos publicados en diversos periódicos á propósito de libros ó literatos notables.

tiginosa sucesión de pléyades literarias que turbaban la calma de su ostracismo intelectual, debió sentir la satisfacción de quien no ha hallado todavía heredero digno de un trono legítima y gloriosamente ocupado.

Con Peredo ha muerto el primero de nuestros críticos dramáticos, el más discreto, galano, erudito y profundo de nuestros cronistas teatrales, y un representante de aquella hermosa agrupación de poetas, de pensadores y de artistas que á raíz del triunfo de la República, emprendieron la buena obra de darle á la patria, libre ya de una traición inicua, el esplendor intelectual de que era digna. Hoy sólo queda un grato recuerdo de aquella época fecunda en gloria para las letras mexicanas. Ya Ramírez, Martínez de la Torre, Portilla, Schiaffino y otros muchos, habían precedido á Peredo en el eterno viaje; Altamirano, Riva Palacio y Payno viven en el extranjero acordándose poco de las letras, y los demás no son, por su larga edad ó por su indolencia típica, ni sombra vaga de lo que en aquellos hermosos tiempos. Se va, pues, con Peredo, un actor más, y nos queda á nosotros un testigo menos de aquel período literario que por sus fecundas consecuencias marca una etapa honrosa en los anales de nuestro movimiento intelectual. La muerte ha arrancado un girón de los últimos de aquella ilustre enseña.

Por esto Peredo, á pesar de su mutismo li-

terario, de su desengaño profundo, de su apatía completa por cuanto en los últimos años significaba deseos de engrandecer las letras patrias, no perdió un ápice de su gloria ni abandonó por un solo instante el cetro de la crítica dramática, que por mutuo acuerdo pusieron en sus manos la admiración y la justicia. Las corrientes literarias que se desataron entre nosotros lo respetaron siempre, aunque él era de otra época, de otros gustos, de otro modo de pensar y de sentir. Crecía de punto su mérito, cuando se le comparaba con su modestia ingénita, con su dignidad caballeresca.

El había dicho de su lira

Que nunca al poderoso himnos entona
Ni busca una corona
Con humillante adulación comprada,

y á esto debióse especialmente que nunca llegase Peredo, hombre recto y honrado escritor, á ocupar el puesto que en otra sociedad y en otros tiempos le habrían valido su talento y prendas personales. Fué oscura y humilde su existencia, que en breves líneas podemos referir.

Nació en México el año de 1830. Hizo notables estudios en el Seminario, pr'mero, y más tarde en la Universidad. Recibió el grado de doctor en medicina el año de 1859. En 1870 contribuyó mucho en unión de otras personas respetables á la fundación del Con-

servatorio de Música. Fué catedrático de retórica y poética en este plantel durante largos años, lo mismo que en la Escuela de Artes y Oficios y en los Colegios de la Encarnación y las Vizcaínas. Perteneció á la redacción ó colaboración de «El Correo de México,» «El Semanario Ilustrado,» «El Renacimiento,» «El Siglo XIX,» «El Domingo,» «La Enseñanza,» «El Imparcial» y otros varios periódicos, más literarios que políticos. Fué socio de la Sociedad Médica «Pedro Escobedo,» de la de Geografía y Estadística, de la de Historia Natural, de la Filarmónica, del Liceo Hidalgo, del Liceo Mexicano é individuo de número de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española. Deja en esta Corporación, de la cual era censor, un puesto que difícilmente habrá quien lo ocupe con iguales merecimientos. No es verdad lo que en un bello artículo afirmaba hace poco un galano escritor, que sobra quienes puedan llenar el sillón vacante por la muerte del ilustre académico. No abundan, por desgracia para nuestras letras, los críticos conocedores de la lengua y de la literatura, los poetas llenos de elegancia y *sprit*, los hablistas correctos y eruditos, los escritores que emplean todos los instantes de su laboriosa vida en el estudio de las letras y en el cultivo del espíritu. Peredo dejó reducida pero innegables pruebas de lo que valía como crítico, como poeta, como lingüista, en suma, como literato consu-

mado. Por ahí, diseminadas en periódicos y en revistas literarias se encuentran sus composiciones en prosa y en verso. Son pocas, pero buenas. Se distinguen las unas por la solidez y serenidad de juicio que revelan; las otras por su gracia y donaire, todas por la elegancia de la forma y la corrección del lenguaje. Léanse en el «Renacimiento» sus *Revistas Teatrales* llenas de sana doctrina, de reflexiones acertadas, de erudición vastísima, escritas en un castellano puro, en un estilo fluido y terso que tiene cierto sello clásico encantador. A veces era Peredo el amigo que al salir del teatro nos refiere en deliciosa conversación sus impresiones artísticas: á veces el profundo crítico que á la luz de las reglas inmutables examina las obras dramáticas, y va á buscar en los maestros de la antigüedad ó en las firmes bases de la filosofía el fundamento de sus juicios imparciales.

Hoy que la crítica olvidándose de su noble misión y de sus altos fines, desvíase del camino que la ciencia y la educación le señalan, extráñase con más justo motivo la ausencia de críticos como Peredo, que al ejercer en la república de las letras sus elevadas funciones, jamás lastimaron reputación alguna, ni hirieron la más delicada susceptibilidad. Este es para mí de los mayores méritos de nuestro crítico. A la severidad en los juicios unió siempre la dulzura en la forma, á la inflexibilidad en la censura de una pieza, la cortesía al referirse

á su autor. Basta leer cualquiera de sus Revistas publicadas en «El Renacimiento» para comprobar lo dicho en las anteriores líneas, y el que quiera formarse una idea exacta y elevada de las aptitudes de Peredo para juzgar una obra dramática de levantado vuelo, lea su admirable juicio acerca del «Edipo» de Martínez de la Torre, trabajo crítico en que se adunan el conocimiento de las letras clásicas y el concienzudo examen de la obra escrita con tan feliz éxito por el ingenio español. Citaré por lo demás para fundar mi juicio acerca de Peredo, la opinión de Altamirano que trascribí en un artículo escrito momentos después de la muerte de aquel escritor.

Decía Altamirano el año de 1868 hablando de Peredo:

«Valiéndonos de una graciosa figura que ha usado el mismo Manuel Peredo, seanos lícito decir que su estilo es tan sabroso como el vino viejo, y que nos detenemos en cada período, en cada línea, en cada frase, para deleitarnos con el dejo regalado que nos queda al leer cada concepto suyo. Encanta este modo de hablar.

«Manuel Peredo es clásico en sus estudios; sus composiciones poéticas que tanto han llamado la atención y que han sido tan celebradas por su exquisita gracia, tienen toda la forma correcta y elegante de aquellas silvas de Fr. Luis de León, de Rioja, ó de los Argensolas, toda la sal ática de las composi-

ciones sueltas de Bretón de los Herreros, á quien se parece tanto en lo juguetón y picaresco de su musa, como en lo castizo de la dicción castellana.

. . . .

«Tenemos, agregaba el Sr. Altamirano, tal confianza en su juicio y en su experiencia, que para escribir cualquiera de nuestras pobres crónicas teatrales, siempre le pedimos su opinión, siempre contamos con su ilustrado juicio. Peredo es uno de esos hombres que acabarán por presidir un círculo literario y por crearse un apostolado en la juventud. ¡Ojalá! Cuando tantos necios ponen en boga sus opiniones mezquinas, trasmitiéndolas á admiradores estúpidos, es muy grato considerar que talentos como el de Peredo están ahí para no dejar la dictadura en manos de la ignorancia ni de la presunción.»

En las líneas copiadas está hecho por un hombre ilustre, el panegírico del insigne escritor que hoy lloran las letras nacionales.

Como poeta lírico no brilló Peredo á igual altura que como prosista. Se engañaría quien pensara encontrar en sus composiciones en verso imágenes atrevidas ó concepciones elevadas. No fué un estro poderoso el suyo, pero sí brotaron de su lira, poesías hermosísimas salpicadas de ingenio por donde quiera é irreprochables por su gallarda forma. Recuérdense «El Cancán,» «La Gratitud» y «El 31 de Diciembre.» Como poeta dramático alcanzó rui-

doso triunfo con la representación de un proverbio en dos actos y en verso, intitulado: *El que todo lo quiere*. . . . . Propúsose Peredo demostrar que el *amador sobrado exigente no es en realidad sino un tirano egoísta* ó en otros términos *hay mayor suma de abnegación en el amor, cuanto más verdadero sea*. Peredo en una de sus revistas más bellas hizo una sangrienta crítica de este proverbio, asemejándose en esto, según él mismo decía, á Abraham y á Bruto, por lo de acuchillar á los propios hijos. El público declaróse sin embargo en contra de esa crítica apasionada, y no escasearon literatos que emprendieron la defensa de la pieza dramática, en la que hay buena verificación, lucha de pasiones, en algunos personajes como Elena y Ricardo, aun cuando, según dice el autor, se infringan las reglas de la exposición en la referida pieza, la acción no sea única y haya otros defectos, como estos, más imaginarios que reales. Peredo dió también al teatro traducciones de *El Duelo*, de Ferrari, *Serafina*, de Sardou, de *La Noche Fantástica*, cuento de Hoffman que Jorge Sand arregló á la escena y de *La Pasión de Jesucristo*, drama sacro de Metastasio. En otros géneros, tradujo también los *Recuerdos de México* del Dr. Bash; una obra de gimnasia y el canto 33 del Infierno del Dante.

Escribió asimismo una *Breve reseña de la Formación y Perfeccionamiento de la Lengua Castellana*, obra pequeña pero muy erudita y útil.

Es como su título lo indica una breve y rápida historia de nuestra lengua, y se halla dividida por épocas, é ilustrada con abundantes y escogidos trozos de los grandes escritores castellanos.

El Curso Elemental de Arte Métrica y Poética, obra escrita también por Peredo, es en nuestro concepto y en el de muchas personas, el mejor de cuantos se han dado á la estampa entre nosotros. En él reveló el autor sus conocimientos gramaticales, su instrucción literaria y su gusto depurado. Es claro, es conciso y es completo, cualidades necesarias en una obra de su género.

Estas fueron en suma las producciones del modesto escritor, cuyo nombre y cuyas obras se olvidarán difícilmente.

La *Revista de México* le consagra hoy un homenaje humilde. Siente no honrar de una manera más digna la memoria de Manuel Peredo, hombre docto que vivió y murió en el olvido más completo.

No es pues un estudio crítico el presente artículo: es un recuerdo. Como tal recíbanlo el lector, los amigos y los admiradores del ilustre muerto.

(Revista de México, 1890.)

II

Don Juan Valera.

Decía Clarín en un artículo consagrado á *El Comendador Mendoza,* que le alentaba para escribir acerca de Valera la idea de que el celebrado creador de *Pepita Jiménez,* escritor olímpico, aristócrata del talento y digno de ser ambas cosas, jamás pasaría por esas líneas su desdeñosa mirada. Pensando de esta suerte, se figuraba quizás el ingenioso crítico español que ya que no de la censura del público, era mucho escapar de la acerba crítica y aun de la ingénita burla y cruel sarcasmo de Valera.

Con más razón que á Leopoldo Alas, me consuela y presta ánimo la misma idea, ya que me es necesario consagrarle hoy algunas frases al egregio estilista á quien él examinaba en ese artículo.

Es desde luego verdaderamente trabajoso condensar en unas cuantas líneas lo que daría materia á detenidos artículos, y delinear con unos cuantos rasgos una figura de las más notables, simpáticas é interesantes de la literatura española contemporánea. Nadie, entre los actuales prosistas de la Península Ibérica, aventaja á Valera en auge, popularidad y renombre en los países de habla castellana, ni

en lo ameno, castizo y elegante de su estilo; y pocos como él presentarán tan complicadas y diversas fases. A estas múltiples formas que constituyen su personalidad literaria, y que bastan de por sí para hacer difícil y arduo un estudio, agréguense, para aumentar la dificultad de éste, la trascendencia é importancia artísticas, los problemas morales y las altas cuestiones de estética que son la esencia de sus obras, los sellos característicos que las popularizan y distinguen, y la causa natural de que quien hable de Valera y de sus libros, deba tener conocimientos que yo no poseo, y criterio, profundidad y aptitudes, de que carezco. Apartándonos, sin embargo, de esta consideración, no obstante su gravedad y peso, aun quedará en pie otra, que no á mí, que nada valgo, sino á escritores doctos y críticos profundos, impedirá en todos tiempos hacer exacta semblanza de Valera y verídico juicio de sus obras. Quien las haya leído bien comprenderá que aludo á la misteriosa obscuridad en que Valera se ha colocado, y la cual nos impide ver qué es lo que siente, lo que anhela, lo que piensa el insigne escritor en puntos de mucho y muy trascendental interés. Y esto lo apunto aquí recordando al inmortal D. Manuel de la Revilla que ya se había hecho esta pregunta: «Tratad, decía, de averiguar qué es lo que en realidad piensa acerca de las cuestiones que con tanta brillantez agita, y os será difícil conseguirlo.

¿Qué es Valera en filosofía, en arte, en política? Nadie lo sabe; ni siquiera él mismo.»

De esa brillante y deslumbradora exhibición de ingenio y originalidad, nunca ha salido una verdadera afirmación. La contradicción es más bien lo que campea en sus trabajos. ¿Será que el entendimiento y la crítica, que es su hija, poderosos para destruir, son impotentes para crear? ¿O será la causa de este fenómeno el escepticismo que anida en el espíritu del Sr. Valera?» Pero aun en este escepticismo, agregamos nosotros, hay mucho de original, pues, como el mismo Valera le dice á Alarcón «nuestro escepticismo, en fuerza de ser escéptico, nada niega. Niega sólo la negación rotunda y se inclina á creer toda afirmación, si es bonito lo afirmado.» Sean, pues, cuales fueren las causas de estas *cosas de Valera,* como se les llama en Madrid, lo cierto es que las puertas de ese espíritu, según dice Palacio Valdez, causan cierto temor supersticioso, como las de un alcázar encantado; tanto piensa que hay en él de misterioso y laberíntico!

Con tan singulares precedentes, falle el lector si se podrá penetrar á ese mágico palacio sin ánimo turbado y sin profunda desconfianza.

Esfinge de la literatura le ha llamado un crítico al Sr. Valera, y no aspiro yo ciertamente á ser el feliz Edipo que arranque á la esfinge sus misterios y que haga que sobre ellos vier-

ta sus rayos la meridiana luz de un talento brillante.

De pocas obras podrá ufanarse con tan justa razón la literatura española, como de las que han producido la pluma fecunda y la inteligencia vigorosa del Sr. Valera. Poeta lírico, si en sus poesías no se hallan á nuestro juicio, la vida, la inspiración y el entusiasmo que hoy piden todos los lectores, en cambio se encuentran pródigamente repartidas todas las bellezas de forma, las elegancias de estilo y las cualidades, que yo creo que le hicieran prorrumpir en un artículo acerca de Menéndez Pelayo, *La moral y la ortodoxia en los versos,* en una defensa calurosa, verdadera apología y sincero panegírico de los poetas eruditos. Más afortunado quizás como dramático que como lírico, Valera en el primero de estos géneros ha producido obras tan notables, que, en concepto de algunos, su *Asclepigenia* es lo mejor que ha escrito después de *Pepita Jiménez;* y *La Venganza de Atalhuapa,* aunque censurada por su final, ha merecido muy justas alabanzas por el interés verdaderamente dramático que tiene en muchas de sus escenas y por las acabadas figuras que presenta.

Como orador académico, son joyas de la literatura sus discursos en la Academia de la Lengua y en el Ateneo de Madrid. En ellos ha ventilado siempre las más encumbradas cuestiones literarias, así las que se rozan con

la historia de las letras españolas, como las que son más bien críticas ó filosóficas. Sus discursos sobre la poesía popular, sobre el Quijote, sobre la poesía mística en España, en contestación á uno de Menéndez Pelayo, sobre la libertad en el arte, sobre las escritoras españolas, y muy especialmente acerca de la más insigne y famosa de todas ellas Santa Teresa de Jesús, revelan un gusto tan depurado y una erudición tan complexa, que sólo pueden compararse al profundo, al admirable conocimiento del castellano que resalta también en esas producciones. Pasma en verdad lo que Valera, después de una dilatada existencia que ha consagrado por completo al estudio, ha logrado atesorar en su cerebro poderoso. Filosofía, historia, literatura, lenguas, cuanto es requisito indispensable para llamar á un escritor humanista eminente, todo se halla reunido en el Sr. Valera y hábilmente expresado por Gonzalo Picón Febres en un libro que acaba de publicar, *Páginas Sueltas*, al describirnos lo que Valera ha realizado.

«Dotado de un talento universal, dice, no menos que de una ilustración que maravilla por lo inmensa, D. Juan Valera penetra con segura planta y airoso continente en todas las esferas de la humana actividad. Estudia, investiga, crea; revuelve los archivos para la historia, desentraña los defectos de la sociedad para la novela, conversa con el vulgo de

las gentes para los cuadros de costumbres; observa el desarrollo de la literatura y devora cuantos libros se publican, para la crítica filosófica y doctrinaria; atraviesa de un vuelo el torrente de los siglos para contemplar el movimiento progresivo de la humanidad, sus triunfos y reveses, y el encadenamiento de las civilizaciones.»

En sus estudios críticos más que en ningunos otros, luce este poderío inmenso de su inteligencia. Poco habrá en castellano, en punto á crítica, tan bien pensado y tan bien escrito, como su estudio sobre el *Fausto* de Gœthe; admirable examen de la epopeya y de sus caracteres, de Gœthe, de sus sentimientos y de su vida; de *Fausto*, de su significación en la literatura, de sus maravillas como poema, de su imponente grandeza por lo profundo, admirable y filosófico de su argumento. Leyendo á Valera, ni los simbolismos y alegorías del *Fausto* en su segunda parte nos son ya incomprensibles, ni la embriagadora poesía de los amores con Margarita, dejamos de percibirla un solo instante. Fausto se nos presenta tal como era: espíritu muy superior á Mefistófeles, diablo chocarrero, enemigo de todo lo levantado, y Margarita, como la hermosa, la encantadora encarnación de la desgracia y la inocencia, digna de ser eternizada, como lo ha sido, por la poesía, por la pintura y por la música, con los acentos más tiernos, con los colores más suaves,

con las notas más llenas de amor, de sentimiento y de ternura. A todos los que intervienen en ese admirable poema de la literatura alemana, les ha dado Valera el lugar que en la mente de Gœthe tuvieron y que en la mente de la humanidad deben tener.

Pocos libros habrá también en la literatura española contemporánea, escritos con mayor donaire, con más delicado ingenio, que el que Valera publicó hace dos años para refutar una obra de Dª Emilia Pardo Bazán, y dirigir con esta ocasión un ataque á la escuela naturalista y á sus más conocidos y celebrados apóstoles. Por desgracia no siempre resplandecen en esta obra la solidez en la argumentación ni la grave severidad que fueran de desearse: Valera tiende á veces, más que á convencer á divertir, y se vale con más frecuencia de la ironía y de la burla, admirablemente manejadas, que del argumento incontestable. Esto no impide que en muchas páginas se revele como juez imparcial, y que si para él la cuestión ha sido á ocasiones motivo de sátira, en otras le haya dado lugar á hondas reflexiones. Los lados vulnerables, las imperfecciones humanas de que adolece el nuevo sistema y sus propugnadores, han sido rudamente atacados; pero á la vez, ponderadas las excelencias literarias de algunos naturalistas. No creemos, sin embargo, que el Sr. Valera haya alcanzado el ideal que se propuso. Por más que él piense é intente demostrar, que ni la copia fiel de la na-

turaleza y de lo real, ni la ausencia de la voluntad y de la imaginación, ni los productos de la experiencia y del análisis son causas de belleza en la novela, se alzarán para desmentirlo, aunque á él no le agraden, las obras de los grandes maestros y las tendencias cada día más notables, del público, hacia la nueva y floreciente escuela. Será esto, si el Sr. Valera lo quiere, muestra de un gusto depravado, de una moral nada estrecha, de una abdicación completa del libre albedrío ó de un culto ciego al determinismo, pero nada más de acuerdo con el agitado espíritu y con las hondas turbulencias de nuestro siglo, nada que retrate mejor el anhelo constante, el afán cotidiano de nuestra época á observarlo todo: lo bueno para ejemplo, lo malo para escarmiento; y por esto creemos que son mayores por la exageración que por la realidad los males que el naturalismo causa. Para amar lo noble, para rendirle á la virtud culto y ofrenda, y para inculcar en el alma el santo deseo de purificarse y redimirse, ó está el panegírico del bien con todas sus bellezas, ó la pintura del vicio con sus deformidades y horribles resultados.

Nana seducirá en el teatro, pero horripila en el hospital; y esta última es la impresión que permanece, la que nos muestra como una mujer licenciosa é impura tiene por fin y por castigo la soledad del alma y el desprecio de todos. Esto es lo que en contra de Valera, y quizá de algunos lectores, pensamos acerca

de este punto, pero bueno será que quienes hayan leído la obra de que hablamos—*Nuevo arte de escribir novelas*—lean también el libro de Dª Emilia Pardo Bazán que la motivó—*El Naturalismo*.

Por lo demás, ¿cómo cansarse de elogiar la elegancia del estilo, la amenidad, talento y *sprit* que deslumbran en la obra? Valera es un estilista impecable como se ha dicho de Gautier; sus escritos se devoran, no una, cuantas veces se puede. Allí están, si no, sus *Cartas Americanas*, la obra tal vez de más alientos que ha producido, y la que nosotros debemos agradecerle más. A importantes contiendas históricas ha dado lugar por las apreciaciones políticas que encierra, pero aun los mismos que la han atacado, como el Sr. Merchán, confiesan que en esta vez ha sido el Sr. Valera el ángulo de reflexión de todos los rayos luminosos de este Continente. Adecuadas palabras que revelan el espíritu y el mérito de las *Cartas*, y que demuestran que la noble empresa acometida por el autor es la de reunir en una sola comunión intelectual á todos los pueblos americanos de habla castellana, estrechando por este mutuo conocimiento de las literaturas de cada nación, los vínculos de simpatía que deben unirlas á todas. Nada, por otra parte, más digno de estudio para un escritor como el Sr. Valera, que el florecimiento y desarrollo de la literatura americana, rica, fecunda en producciones notables.

Valera ha demostrado conocer la materia, y son útiles é instructivos sus juicios acerca de Olegario Andrade, de Rafael Obligado, de Rubén Darío, del Parnaso Colombiano y de otros libros ó escritores de América.

Cuando concluya su obra, sean cuales fueren los defectos en que haya caído, habrá levantado á la literatura castellana un verdadero monumento, tan digno de ser inmortal como sus novelas, como *Pepita Jiménez,* como *Las Ilusiones del Doctor Faustino,* como *El Comendador Mendoza* y *Doña Luz.*

¡Qué admirable, qué profundo conocimiento del alma en sus más escondidos misterios, en sus aspiraciones más recónditas, en sus luchas más abrumadoras! ¡Qué personajes tan reales, tan verdaderos en el mundo moral, como D. Luis de Vargas, que lidia con el amor, con los escrúpulos, con los impulsos de la juventud, con los tormentos del ascetismo, como *Pepita Jiménez* que se atraviesa en la existencia de D. Luis para salvarlo, para hacerlo feliz con una pasión poética y ardiente, para impedir que andando el tiempo muera como Fray Enrique, sin exhalar una queja, sin decir á Dª Luz una palabra de cariño, pero devorado interiormente por un amor infernal! ¿Qué tipo más común en nuestro siglo que el Doctor Faustino, víctima constante de las aspiraciones sin límites y verdugo de su propio espíritu; qué odios y qué venganzas más frecuentes, de una mujer desdeñada, como Ro-

sita contra el hombre que la despreció, contra Faustino? Y al mismo tiempo, ¿qué figura más bella, más hermosa que la de María, la *inmortal amiga*, conjunto conmovedor de nobleza de alma, de pasión inmensa, de sufrimiento por el bien amado? Y Constanciay D. Jaime, como tipos de los que aman por interés, y D.ª Ana de Escalante y el Marqués de Guadalbarbo, como modelos de grandeza, y D.ª Luz apasionada de un muerto, y Respetilla, atrevido y astuto, y D. Anselmo, el Padre Pinzón, Joselito, etc., etc., no son todos personajes que viven, y las enfermedades de espíritu de que adolecen muchos de ellos, no son, por desgracia, las que con harta frecuencia aquejan y debilitan al hombre?

«Las novelas de Valera no tendrán un enredo complicado ni un interés vivo, ni tampoco esa brevedad y rapidez que caracterizan al drama, ha dicho Palacio Valdez, pero el procedimiento que se emplea en esas novelas es el que han adoptado todos los novelistas psicólogos: poner frente á frente la vida ideal y la real, para que de este contraste resulte una enseñanza, una elegía ó una sátira. En las obras de Valera resulta siempre esta última. Mas el pensador hace enmudecer hartas veces al artista. Se observa esto en el vagar con que escruta y describe los misteriosos senderos del alma, lo mismo que en la ligereza con que roza los trillados caminos de la vida real.»

Con esto le basta á Valera para que como admirables estudios del corazón humano vivan perennemente sus novelas.

Como crítico, las obras de que ya hemos hablado, sus *Disertaciones literarias*, sus estudios sobre puntos de actualidad, sus prólogos, juicios y artículos de periódico le harán vivir también en la historia de la literatura.

Como escritor, la elegancia de su estilo, la pulcritud de su lenguaje y la riqueza de su vocabulario, lo acreditarán en todos tiempos de admirable modelo.

Valera puede, pues, esperar confiado el fallo de la posteridad, seguro de que nunca le debe ser adverso.

(Revista de México, 1890.)

III

LA POESÍA DE ROSAS.

Caían ya sobre la memoria de José Rosas Moreno los rudos golpes que la ingratitud descarga sobre los grandes poetas, cuando ha aparecido, por fortuna á tiempo para revivir las simpatías que estaban próximas á extinguirse, y para levantar la admiración que el olvido pugnaba por sofocar injustamente, un libro en que los versos del cantor jalisciense pasan de nuevo á las manos del público, para encender otra vez el entusiasmo con que eran recibidos allá cuando el poeta se encontraba en el esplendor de su vida y de su fama. Así pues, este tomo de versos publicados por Murguía con el título de «Un ramo de Violetas,» vale mucho por las composiciones que contiene, por la poesía verdadera y espontánea que es como el perfume de sus hojas, pero vale tanto ó más por el tributo de justicia que paga á un poeta de los más ilustres que ha producido nuestra patria, desde que tiene historia literaria y Parnaso poblado de recuerdos gloriosos.

Una misión que enaltece á cualquier poeta, que dignifica á cualquier ciudadano, que hace venerable y augusta la memoria del pensador más poseído del amor á la verdad y del deseo

de propagarla, fué la de Rosas. Una poesía espontánea y sencilla, que brota del alma como de su origen más puro; que se muestra lozana y vigorosa, limpia de sentimientos afectados, que derrama á veces el aroma de las flores virgilianas, que palpita otras como lo hacía en la lira del Petrarca, que se viste con el ropaje clásico que les ceñía Fray Luis á las concepciones de su Musa, que esgrime á veces la sátira para llorar otras con el sentimiento elegiaco más hondo y más patético que ha expresado ningún otro poeta mexicano, fué la poesía de Rosas.

Como contraste á su misión y á su poesía, impregnadas de luz, aparece su vida impregnada de sombras: las sombras del perseguido político, las sombras del genio en la miseria, las sombras del poeta acongojado por todas las pequeñeces de los hombres, por todas las injusticias de la suerte, por todas las formidables tempestades que se desatan con frecnencia sobre quien tal vez no fué temerario para provocarlas, ni enérgico para sufrirlas. Rosas—ha dicho un escritor—era de bronce para sus convicciones, pero se sentía débil para la fatalidad. No tenía las garras de Ayax para asirse á las rocas azotadas por el mar, y «salvarse á pesar de los dioses.» Nó. No las tenía en verdad. Los dolores del alma acabaron en él con la vida del cuerpo. Venció el espíritu enfermo á la materia joven todavía. El sintetizó admirablemente su existencia en

aquel hermoso verso consagrado por su doliente Musa á Juan Díaz Covarrubias:

Nació para sufrir: era poeta.

Si no existieran otras muchas palabras de gloria y de cariño que colocar en su tumba, éstas serían su mejor epitafio: la síntesis de su vida de cantor y de mártir. Pero hay mucho, mucho que decir de él ahora que ha muerto. Si tuvo en su misión la majestad del apóstol que inculca la virtud, en su poesía el esplendor del talento que realiza lo bello, y en su desgracia la injusticia común é incomprensible del destino, en la posteridad habrá un deseo vivo de rendirle justicia, á él que, como poeta dramático supo lo que eran los aplausos de la multitud; que como poeta lírico, sintió lo mismo que la ilusión que levanta el desengaño que abate, la creencia que ilumina el alma y que la lleva hasta las concepciones más elevadas, como la duda sombría, la decepción profunda que hace ver la esperanza

En la muerte no más, sólo en la muerte,

á él que como fabulista inimitable es el primero de los nuestros; el que hizo de la fábula no la enseñanza prosaica, indigesta y fría, sino el cuadro animado en que la poesía y la moral se juntan para depositar en el alma del niño el primer germen del amor á lo bello, en el corazón del ciudadano el primer impulso al cumplimiento del deber, en el espíritu del

hombre, la primera noción de una ciencia difícil: la ciencia de la vida.

Tal fué el poeta D. José Rosas Moreno: bajo estas fases se me ha presentado ahora que he leído en el libro que mencioné al principio, algunos de sus versos inéditos, muchos de sus ya publicados, su «Elegía á Juan Valle,» «El Zenzontle,» «La Juventud,» «El Valle de la Infancia,» «La Esperanza;» todas estas poesías hermosas por su sentimiento tan intenso y por su estructura tan galana. Los defectos han desaparecido para mí. La flojedad en el pensamiento y en la forma en algunas composiciones hechas por compromiso, nada quiere decir para el que coloque de un lado las incorrecciones, los lunares, del otro las bellezas; para el que compare la pequeñez de lo malo con la grandeza de lo bueno, con la trascendencia verdaderamente sublime que Rosas tiene como poeta en el porvenir de la niñez y de la sociedad.

Por esto quise hacer un breve panegírico del poeta que, perseguido ayer, cuando vivía, por la desgracia; hoy, cuando descansa en el sepulcro, por el olvido y la ingratitud, se erguirá mañana, cuando se haga justicia, ante el tribunal de la crítica literaria exenta de pasiones, y de la posteridad, ávida de premiarlo, como un sér que derramó en su vida los resplandores del genio, las enseñanzas del apóstol y las sangrientas lágrimas del mártir. . . .

(El Nacional.)

IV

EL HISTORIADOR DE UN SIGLO.

Una fatal noticia tenemos que comunicar al mundo literario: antes de anoche murió repentinamente en esta Capital el insigne escritor Don Joaquín García Icazbalceta, orgullo verdadero no sólo de las letras nacionales sino de la literatura castellana. Imposible analizar en un artículo de periódico todos los merecimientos de este ilustre difunto, porque una labor intelectual de medio siglo, una producción fecunda é incesante de obras monumentales, exige el libro, la biografía, el estudio reposado de gabinete, hecho en muchos días y con alto criterio; pero la impresión del momento, el elogio arrancado del alma por el dolor y la sorpresa, ese sí es fácil consignarlo en las columnas de un diario, cuando se trata de una personalidad como la del Sr. Icazbalceta impregnada de gloria, que había llegado al colmo de esta mezquina fama literaria: á ser reverenciada, á imponerse con peso igual á sabios y á ignorantes, á mexicanos y extranjeros.

Quizás ninguno de nuestros escritores contemporáneos—aparte del Sr. Orozco y Berra —logró una reputación más venerada que él en el Viejo Continente. Muchos no lo cono-

cían aquí, otros lo censuraban por sus ideas ultramontanas, pero en Europa ningún americanista ilustre, ningún anticuario célebre, ningún bibliógrafo consagrado á nuestras cosas, dejaba de consultar y de recibir con humilde respeto la opinión docta, inapelable, pudiera decirse, del erudito mexicano.

Era éste el tipo del sabio verdadero: su nombre jamás sonaba en gacetillas, nunca figuraba en los banquetes, no estaba inscripto tampoco en esa lista de las celebridades levantadas por la amistad y por el bombo; se pronunciaba indudablemente menos que el de algunos poetas que con versos mediocres han llegado á la fama; que el de esa turba multa de medianías ó nulidades que deben todo lo que valen para muchos, á la complacencia de un *repórter* ó á la estulticia de un cronista. Pero ese literato en cuya casa nunca se celebraba una *interview;* ese historiógrafo que huía de todo círculo y de toda *réclame,* alcanzará una lejanía en la posteridad, que no alcanzarán nunca, estamos ciertos, los transitorios dioses de las turbas, porque él sí deja obras de perdurable duración, donde palpitan, no la frase del momento ni el ingenio más ó menos discutible del efectista, ni la brillantez y la verba del erudito á la violeta, sino toda la ciencia acumulada en cincuenta años de estudio, de investigación, de trabajo mental lento, laborioso, emprendido no en los diccionarios enciclopédicos ni en las revistas de la

víspera, sino en las mismas fuentes de la historia.

El no era de los historiadores que copian, que hacen sus libros con transcripciones y recortes: él iba al origen, revolvía archivos, analizaba documentos, enviaba á Europa por copias de las obras que necesitaba, leía lo antiguo y lo moderno, y de esta suerte, con esta dedicación tan absoluta, con este estudio tan profundo, llegó á ser en México el historiador de todo un siglo: el historiador del siglo XVI. Ahí están su *Fr. Juan de Zumárraga* y su *Bibliografía Mexicana* para comprobarlo. Nadie, absolutamente nadie, ha estudiado ni ha comprendido ni ha descrito como él, esa época tremenda y memorable, en que dioses, leyes, usos, gobierno, hogares, todo se vió derribado y substituído. Nadie como el Sr. Icazbalceta ha profundizado de una manera tan honda ese imponente siglo XVI, en el que, á raíz de un triunfo de aventureros arriesgados, se implantaron nuevas creencias, se introdujeron nuevos usos, se habló y se escribió distinta lengua y se adoptaron diversas formas de educación y de gobierno. Un mundo nuevo surgió en aquellos días entre los escombros humeantes de una ciudad vencida y los estertores sublimes de un pueblo agonizante: fué esa época, después de la lucha homérica y fiera, la época de la fusión; fusión que se llevaba á cabo con la destrucción de todo lo antiguo y la erección de todo lo moderno.

Era preciso arrasarlo todo, destruirlo sin piedad, desvanecer hasta de la memoria de los hombres cuanto pudiera recordar los esplendores de una raza vencida, los cultos de una religión idolátrica, las costumbres de un pueblo adelantado, con una civilización sorprendente, pero que en medio de sus sombras no veía aún la clara luz de las enseñanzas evangélicas. Todo tenía que caer al empuje de la autoridad y de las ideas, como cayó arrollado por los carros de la victoria *cortesiana*. La obra era inmensa, de tal manera inmensa, que todavía no se encuentra concluída, que aun diseminados por muchas partes se ven imponentes recuerdos ó miserables restos de ese imperio caído. Pero no por eso la metamorfosis dejó de ser sorprendente; y cuando pasaron los combates y las transformaciones fueron hechas, vino la calma, la calma sepulcral, la tristeza profunda, la sumisión, el desaliento que se refleja todavía en nuestros indios abatidos. Toda esa época la ha historiado de una manera completa y admirable el Sr. García, estudiando hombres y sucesos para presentar cuadros que sorprenden por su verdad y por su vida. La *Bibliografía Mexicana del Siglo XVI* y la *Biografía de Fr. Juan de Zumárraga*, son pruebas perdurables de lo que decimos. Bastan estas obras, amén de las otras muchas del Sr. Icazbalceta, para probar la erudición portentosa y el juicio sano y severo de este insigne escritor, para darle el tí-

tulo que muchos desean, pero que pocos alcanzan, de *historiador de un siglo*, del siglo en que brotaron nuevas creencias para nuestras almas y palabras distintas para nuestro oído.

Pasmaba la erudición de ese docto, la sencillez de ese historiógrafo, la elegancia de ese hablista que conocía admirablemente la lengua castellana; era delicia leer sus obras donde siempre irradiaba un espíritu sereno, donde siempre salíanos al paso un dato nuevo, una noticia curiosa, un juicio profundo, una comparación atinada, todo un tesoro de ciencia y de talento; donde corría la frase hispana, tersa, sencilla, airosa, sin un pecado filológico, sin una mancha gramatical; donde, finalmente, si alguna vez había parcialidad ó pasión, nunca encontrábanse ni odios ni hojarascas. Cuando no engendraba algo propio revivía obras antiguas; publicaba, de su peculio, documentos valiosos, ó hacía, á precio de oro, el rescate de alguna joya histórico-bibliográfica. Su vida, que fué larga, y su fortuna, que era inmensa, las consagró al esclarecimiento y al progreso de nuestra historia. Pero mentimos, sin quererlo: no sólo á eso consagró su existencia y sus riquezas: consagrólas también á dar un impulso extraordinario á la agricultura nacional, como lo prueban sus haciendas de Tierra Caliente, que él mismo dirigía, pues que era un gran agricultor, y en las que implantaba todos los adelantos de la época, debiéndose á él, por este motivo, los progre-

sos conquistados en esa zona en el cultivo de la caña y en la fabricación del azúcar. Consagrólas á más todavía: él fundó con D. Francisco Díaz de León el magnífico establecimiento tipográfico de este benemérito industrial, y de tal manera se aficionó al arte, que llegó á ser un gran tipógrafo, como lo revelan varias obras escritas por él, y que él mismo paró é imprimió; como lo demuestran también las espléndidas ediciones de su *Fr. Juan de Zumárraga* y su *Bibliografía del Siglo XVI*, verdaderos monumentos de la tipografía mexicana, con los que él honró é impulsó y favoreció á nuestras casas editoras.

Pero hay todavía algo mucho más grande en su existencia, mucho más noble en el santuario de su vida. Aquel historiador retraído, aquel sabio irascible, aquel hombre á quien muchos calificaban de intratable, era un filántropo, y era un filántropo cristiano que hacía el bien en la sombra; ¡tan en la sombra, que muchos lo llamaban avaro, porque vivía modestamente, porque nunca figuraba su nombre en las suscriciones de periódicos, ni su familia en las funciones de beneficencia! ¡Y quedan, sin embargo, desde esta fecha, más de cien familias sin pan, sin techo y sin padre! Y no es esta una frase de estampilla: nos consta á nosotros que sostenía escuelas, huérfanos, viudas, enfermos, y que tarde con tarde, como Director de las Conferencias de San Vicente, recorría los barrios de la ciudad

para visitar y socorrer infelices. Alguien le aconsejaba que comprase un coche elegante, que substituyese el tronco de mulas que tenía por uno de frisones, que vistiera de casimir extranjero, que se proporcionara, en suma, las comodidades que su inmensa fortuna le brindaba, y él siempre respondía: «*Yo no puedo dilapidar mis bienes, porque son de los pobres. La Providencia me ha puesto para que los administre nada más.*»

Este era en breves palabras el hombre que anteanoche, de una manera inesperada, ha muerto después de una vida meritoria. ¿Qué más fué? ¿Qué más hizo? Pronto vendrá un escritor que nos lo diga con todos sus detalles, y ese escritor tiene que ser un Chavero, un Vigil, un Agreda, un Troncoso, un González Obregón, un historiador capaz de comprender y de valorizar la labor legada por el Sr. Icazbalceta. Esta obra quedó trunca: el Sr. García estaba escribiendo un *Diccionario de Provincialismos Mexicanos,* y las últimas pruebas, que corregía su Secretario en la Academia y admirador apasionado D. Rafael Angel de la Peña, llegan apenas á la letra E.

México, tiene, pues, que lamentar dos pérdidas en una, y si acaso no las deplora debidamente ésta será una nueva prueba de que con insistente frecuencia se levantan aquí sobre los merecimientos verdaderos, la ingratitud, las rivalidades de oficio ó las pasiones de partido.

(1894.)

V

Versos de Antonio Zaragoza.

Se publicaba hace algunos meses en Guadalajara un periódico de selecta y amena literatura—*La República Literaria*—en el que la buena prosa y los buenos versos se daban al lector con más frecuencia que la que es hoy costumbre. Junto á los siempre sencillos y cariñosos versos de Ester Tapia, á las juveniles y cálidas estrofas de Manuel M. González, á los trabajos de crítica, de jurisprudencia y de literatura de López Portillo y Rojas, y á los brillantes y primeros ensayos de Manuel Alvarez del Castillo, aquel apasionado de las letras muerto cuando alboreaban su vida y su talento, cuando decía tristemente *Souviens toi de la Poesie comme d'une patrie lointaine,* buscaba yo con avidez los versos de Antonio Zaragoza, poeta apacible en extremo simpático para mí. Había algo en sus acentos que como él dice de los de Bellini, vibraba en lo más íntimo de mi alma, y como Zaragoza al gran artista, deseaba yo decirle al poeta:

Músico del dolor y la tristeza
En mis horas sin dichas y sin calma,
Siento tus himnos de sin par belleza
Vibrar en lo más íntimo de mi alma.

Después, *La República Literaria* dejó de publicarse, enmudecieron los poetas que en ella habían vivido y cantado contra los gustos de Platón, y no volví á leer versos de Zaragoza, hasta que en una bella edición me han llegado como heraldos y mensajeros: heraldos de buenos ratos y mensajeros de mejores recuerdos.

Los he leído todos, desde los primeros escritos á los 15 años, *A mi Patria*, hasta los *Recuerdos* que cierran la colección. He visto en ésta versos al arte, á la mujer, á la patria, á la religión y al amor; he leído composiciones en todos los metros y en muchas formas, y de todas esas joyas las más sencillas, de todas esas composiciones las más pequeñas, de todas esas flores las más ocultas, son las que me han parecido más hermosas.

En la rima cultivada por Becquer, en el madrigal inmortalizado por Cetina, en el sencillo *lied* de Heine, en la Dolora de Campoamor, hay con mucha frecuencia más deliciosa poesía, más exquisito sentimiento que en otras más ostentosas composiciones. Analizando sus elementos tienen porque ser bellas esas rápidas concepciones del poeta. Tierno el sentimiento, sencilla la imagen, breve é intensa á la vez la idea, y penetrante la intención, en pocas líneas se manifiesta el alma del poeta abatida por el dolor ó enérgica y viril por el aliento de la esperanza. Sólo así, cuando el sentimiento se expresa con nove-

dad y delicadeza, responden esas composiciones á la mente de los que las crearon. Sólo así, el poeta podrá despertar en un momento, con unas cuantas líneas, sentimientos y simpatías.

Allí se muestra el poder del bardo que impresiona con una imagen, que seduce con una idea, si esta idea y esa imagen son algo que corresponde á lo que el alma siente ó á lo que el espíritu anhela, ficción ó realidad, producto de lo que existe sólo en la fantasía del poeta ó trasunto de lo que vive en la vida del hombre. Para esto, sentimientos é imágenes es lo que el poeta necesita, y sentimiento é imágenes es lo que he encontrado en Zaragoza. Sus composiciones breves y sencillas tienen no sé qué tinte melancólico. Hay en ellas amor, tristeza, ternura, desengaño y hasta orgullo. Es el autor un poeta romántico. Como diría un literato español recordando unas palabras de Richter, es poeta de movimiento, del *clair de lune* moral, del drama interior, de la indecible vaguedad en que necesariamente quedan los interesantes fenómenos de la profunda vida psíquica. En sus versos imperan la decepción y el dolor.

Este deseo constante de pregonar luchas y penas propias, de empapar en lágrimas los versos y de hacer á la Musa cantora de nuestras angustias y mensajera de nuestras quejas más dolorosas y más íntimas, ha sido en estos últimos tiempos tema de opiniones variadísimas.

Proscriben unos por completo ese género de poesía: el poeta, dicen, no se pertenece, pertenece al arte, pertenece á la patria, pertenece á la humanidad: á la humanidad, á la patria y al arte debe pues cantar. Otros lo admiten de cierto modo. «Yo no sostendré que el pesimismo sea bueno, dice D. Justo Sierra al hablar de un gran romántico, pero es evidente que como idea generadora de poesía es grandiosa; mas si no es sincero, si es una actitud, si es una parodia, si es una inferencia que concluye de un pequeño dolor nuestro al dolor del mundo y pretende empapar al Universo con una lágrima de muchacho, entonces es insignificante y baladí.» León Mera dice por su parte: «Ninguno reflexiona que cuando no hay verdad en los afectos, cuando las expresiones nacen de la cólera y no del corazón, cuando se desecha lo natural por arrimarse sólo á los caprichos de la imaginación propia ó extraña, no hay poesía sino vano ruido de palabras, que no causan ninguna impresión agradable, sino mucho desabrimiento.» Debe pues el dolor, según esto, ser espontáneo y sincero, y no presuntuoso ni ridículo. Ni ha de querer empapar con una lágrima de muchacho al Universo, ni ha de ser el poeta como muchos amantes, según León Mera, que reconvienen á sus Nices, Lais ó Maritones, dirigiéndoles billetes de eterna despedida, donde campean junto á un piropo desabrido una amarga burla, al lado de un mentiroso recuerdo una pi-

cante ironía, é injerta en una tonta promesa una amenaza aun más tonta. Debe sentir lo que canta: es el *realista* del alma el poeta, si se me permite la palabra, y en general se le debe pedir que conozca las luchas internas que pinta como al novelista se le pide que conozca la vida externa que describe. Creo, sin embargo, que aun así hay algunas excepciones. No todos necesitan vivir en el dolor para pintarlo, como tampoco necesitan algunos vivir en medio de las miserias de la vida para poder describirlas. El talento da el poder de la intuición á tal grado, que se pintan dolores que no se han sufrido, como se describen escenas que no se han visto. Tal cosa será rara ó frecuente pero acontece. Lo que para mí, pues, hay que pedir al poeta para que realice la belleza, es que el sentimiento que canta aparezca sencillo y espontáneo. Zaragoza lo ha logrado, y por esto me encantan sus versos. No averiguo si los pesares de que él se lamenta son ficticios, si en su vida ha sufrido poco ó mucho: sus versos son muy bellos y con esto me basta. Pienso además, como D. Justo Sierra, que muchas veces las amarguras *vívidas* están latentes en los infortunios fingidos. Creo que lo están cuando el poeta dice:

«El rosal que en mi sepulcro
Solitario se ha de alzar,
Dará pocas, tristes flores,
¡Cuánta espina en él habrá!

¡Cuánta espina; cuán escasas
Mustias flores sin olor!
¡Cómo no si las raíces
Saldrán de mi corazón!»

Y en otra parte dice con igual delicadeza:

«Ven á mi fosa cuando yo sucumba,
Llora un poco por mí: ¡te quise tanto!
¡Crecen también las flores de una tumba
Cuando las riega cariñoso llanto!»

Y así se muestra el poeta, siempre apacible, siempre triste, diciendo como resumen de su vida:

«De sueños y misterios vive el alma,
Mi existencia en la sombra pasará,
Entre un sueño que nunca se realiza
Y un misterio que nunca se sabrá.»

Para sentirse revivido por el recuerdo exclama:

«Hoy que flores te ofrecen por alfombra,
Deja que en nombre del ayer amado
Una mano saliendo de la sombra
Te dé las madreselvas del pasado.»

Y para decir por último, como el solo anhelo de su corazón:

«Mi alma es la paloma solitaria
Que el huracán arrebató del nido,
Y mi canto es la tímida plegaria
Que llega suspirando hasta tu oído.

. . . .

En verde campo ó mar enfurecido,
En cielo azul ó nube tormentosa,
En dicha inmensa ó formidable duelo,
Quiero contigo estar por siempre unido:
Que un mismo sol alumbre nuestro cielo,
O rompa un mismo rayo nuestro nido!»

Y en estos trozos que he trascrito está pintado el poeta. Suave y sereno casi siempre, desaliñado con frecuencia, poco elegante en su forma, pero con mucha ternura y poesía en sus estrofas; triste y decepcionado por lo común, en ocasiones alentado por la ilusión, sus versos irán, como dice un escritor de los de Pancho Icaza, á los corazones de las que aman.

Zaragoza no lo cree así. Concluye su libro diciendo:

«No lo quiero negar: soñé yo un poco
Del genio con la palma;
Y en mis momentos de entusiasmo loco,
Tuve alas en el alma.

. . . .

. . . . . ¡Hoy todo ha concluído!
Cuando Dios, que al que llora recompensa,
Se apiade, al fin, de lo que yo he sufrido,
En silencio me iré como he venido.
Quiero en la sombra entrar: tengo una inmensa
Necesidad de olvido!»

Y al principio de su obra, «moriré—dice—dónde y cuando Dios quiera, tan oscuro como he vivido.» Yo no puedo creer lo mismo

que el autor: cuando muera Antonio Zaragoza, quedará de él lo que dejan los poetas para que nos acordemos de ellos: las estrofas de su alma y el alma en sus estrofas.

(*El Nacional*—1891)

VI

Don Anselmo de la Portilla.

Aquí tenéis á un escritor que erigió en vida, como el poeta antiguo, un monumento más perenne que el tiempo—sus escritos—más duraderos que el bronce—su benéfica influencia en dos pueblos hermanos.

No fué su vida estéril existencia consagrada á principios mezquinos: más amplios fueron siempre los horizontes por donde el Sr. Portilla paseó profunda é investigadora su mirada de filósofo, y más levantadas las luchas que su espíritu mantuvo con brío y con lealtad perdurables.

Fué un santo ideal el que sirvióle hasta el último paraje de su gloriosa jornada como huella de luz; una atrevida empresa la que él tomó por precio de la inmortalidad. Para él el combate fué rudo; las heridas sangrientas; la victoria entretegida con dolores; pero al sucumbir el atletla, al trasponer el gladiador los solitarios umbrales de la tumba, en el ensangrentado campo de batalla sólo halló la posteridad justiciera resplandores de gloria. . . .



Cuando el Sr. Portilla vino á México, aun se hallaban frescas las hazañas de la Indepen-

dencia y palpitantes los recuerdos del virreinato.

A raíz del año de 21, en que la patria, el pensamiento y el individuo se contemplaron libres, cuando no era delito abrir la historia y juzgar los acontecimientos de tres siglos, ni era culpa maldecir los desmanes y abusos de los dominadores, estalló en el país una adversión unánime, un sentimiento terrible, quizá más exaltado que el que en los días de lucha había engendrado mil proezas, en contra de la Metrópoli. Era preciso para ahogar esos gritos, nacidos las más veces de la indignación contenida que de la sabia justicia, escuchar por los autorizados labios de un apóstol, la voz de la fraternidad y los consejos de la prudencia.

Era indispensable restañar antes que todo profundas heridas y calmar pasiones que no tenían ya razón de existir en pechos generosos; se necesitaba en suma, que en pleno siglo XIX, en medio de aquella deshecha tempestad de odios, entre aquel revuelto mar de embravecidas olas, reencarnase el espíritu de aquellos apostólicos varones del siglo XVI—de Gante y de las Casas—y ese espíritu reencarnó en D. Anselmo de la Portilla, ardiente escritor que al servicio de la fraternidad latina puso su pluma de sabio, su corazón de patriota y su hidalguía caballeresca. Entró á la lucha, no con la arrogancia del conquistador sino con la majestad del héroe, y mostró desde el

primer encuentro que sus armas eran la nobleza y el talento, que su causa la de fundir en uno los rotos vínculos entre su patria y la nuestra.

Para ello, él mismo exclamaba: «lo que necesitábamos eran velos para ingratas memorias, bálsamos para dolorosas heridas, lazos para desunidos corazones. Lo que necesitábamos, decía, era abnegación para estudiar la historia, criterio imparcial y justo para explicarla, sentimientos fraternales para que la verdad fuera simpática en nuestra boca y en nuestra pluma cuando la dijéramos.» De este hermoso modo, convirtiendo en misión de paz su misión en la prensa, sembrando simpatías y encendiendo amor recíproco entre mexicanos y españoles, apartándose por completo de la enojosa senda seguida por sus compatriotas, poniendo en el olvido las injurias lanzadas muchas veces al escritor y á su tierra natal y dando constantes muestras de su culto á la patria, de su amor á nuestro suelo, de su respeto á la verdad histórica, de su acatamiento á la justicia, de su alma noble, de su carácter benigno, de su vida sin mancha y de su talento vasto y poderoso, logró, más grande que Hernán Cortés, conquistar para su patria, no puñados de esclavos, sino millares de corazones.

Este fué Portilla. El apóstol en México de una de las ideas más grandes del siglo: la extinción de odios entre las razas humanas. Y

si este es bajo el aspecto social el sacerdocio que desempeñó en la tierra, tan alto y tan meritorio es el que también llenó gloriosamente en nuestras letras.

Clásico por su estilo, sabio por su erudición, pensador por la profundidad de sus miras y por su conocimiento del hombre, elegante en su manera de decir, arrebatado y elocuente en la defensa de sus ideales, y caballeroso en las polémicas, en sus escritos resplandecían las excelsas dotes del escritor con la exquisita hidalguía del hombre que, como ha dicho un literato, tendió siempre el manto de la caridad sobre los defectos de sus semejantes. Allí están, como prueba, los periódicos en que escribió, las discusiones que sostuvo, los libros que el amor á su patria y á su causa le dictaron: ni una palabra dura, ni un reproche amargo, ni un argumento innoble; siempre el perdón, la concordia, la prudencia, el olvido de las culpas pasadas, el anhelo de que la raza latina formase una sola y poderosa familia. Quizá este encendido celo por propagar sus ideas le llevó muchas veces más allá de lo que debía; pero al cerrar sus obras, al acabar de leer *España en México*, ¿quién no sentirá veneración por ese hombre ilustre, que en los arrebatos de su imaginación de poeta, en la exaltación de sus sentimientos de patriota, en el momento sublime en que su corazón de español y su entusiasmo de apóstol se inflamaban, emprendía la defensa de su España ado-

rada con más ardimiento que el que un pasado doloroso consentía? Yo, aunque confiese sus humanos errores, me descubro ante él, porque en Portilla todo defecto de apreciación nacía no de pasiones vanales sino de pasiones sublimes: de santo amor á la patria, de inflamado deseo de que aquí, en la tierra de Cuauhtémoc, nadie negase la grandeza de la tierra del Cid. Los mismos que han juzgado de parcial *España en México*, no podrían menos de celebrar que los defectos de un libro naciesen siempre de esa causa: del patriotismo racional y sano.

Si contemplamos, además, la espinosa senda seguida por D. Anselmo para lograr sus fines, aparecerá entonces la figura de Portilla con la aureola del mártir. Luchó con el desdén, con la ingratitud, con la miseria, con todo lo que agosta en el alma las ilusiones.

En los principios de su vida literaria nadie lo alentaba, todos se hacían á una para abatirlo: los editores le cerraban las puertas de las redacciones, los poderosos como Bermúdez de Castro lo veían con indiferencia. Y Portilla, el joven de talento, de porvenir, necesitaba ganar un pan amargo como empleado en una casa de comercio. Sus primeros escritos agradaron, es cierto, á algunos maestros; pero el público no tuvo para ellos un aplauso. No tardó Portilla, por fortuna, en adquirir un triunfo espléndido sobre sus enemigos. Abandonó la carrera mercantil y se lanzó con arrojo á la

carrera periodística. Desde entonces no cesó un solo día de bregar en la prensa y *El Eco del Comercio, El Universal, El Católico, El Despertador Literario, El Espectadar de México, La Voz de la Religión, El Diccionario Universal de Historia y Geografía, La Cruz, El Español, El Eco de España*, las publicaciones literarias de esa época, fueron testigos de lo que valía por su talento, de lo que significaba por su ciencia, el modesto escritor á quien el público llegaba hasta á arrancarle la paternidad de sus artículos. No descorazonaba esto último al Sr. Portilla, aun lo hallaba grato; porque como él decía: después de todo algo hubo de fortuna en aquella desgracia: en los días más aciagos, de mi carrera de escritor, cuando más hondo fué mi infortunio, más tétrico el aislamiento y más oculto el rincón en que me encerraba, tuve la satisfacción de ver alabado lo que hacía, siempre que la casualidad ó la ocasión hicieran que saliera al amparo de otra fortuna y de otro nombre. ¿Cómo habría tenido yo aquella triste satisfacción si siempre se hubiera creído que mis cosas eran mías. . . . .?»

Mas no fueron esos periódicos los que conquistaron la inmortalidad al Sr. Portilla. El egregio español la ganó en *La Iberia*, en aquel diario famoso consagrado durante muchos años consecutivos á la unión de México y España. Allí, en las columnas de ese periódico célebre en nuestros anales literarios, está delineada la obra de Portilla.

Portilla como periodista figuró en una época en que abundaban los talentos superiores, á la altura de Couto, de Aguilar y Marocho y de Munguía, entre sus co-partidarios; á la de Ramírez, de Altamirano y de Zarco entre sus enemigos. Su periódico *La Iberia*, ejerció saludable influencia en nuestras letras: muchos de los que hoy figuran en éstas, nacieron á la vida literaria en aquel diario. La historia patria debióle también al Sr. Portilla inestimables servicios: en el folletín de *La Iberia* hallaron correcta edición las obras más raras de nuestros cronistas é historiógrafos, las «Cartas de Hernán Cortés á Carlos V,» la «Conquista de México» de Gomara, la de Bernal Díaz del Castillo, el «Teatro Mexicano» de Vetancourt, la «Idea de una nueva historia general de la América Septentrional» de Boturini, y trabajos como estos tan codiciados por los bibliógrafos. No se ciñó pues su afan á realizar un pensamiento político: el progreso, el desarrollo de la literatura nacional le preocuparon también en extremo.

En torno de él se congregaban los literatos, se agrupaban los jóvenes, y alentados por su palabra, fortalecidos por sus consejos, daban á las letras inolvidables días de gloria. Esta constante consagración á la prensa, fué por desgracia causa de que su pluma no legase en libros, la rica herencia que hoy podíamos disfrutar. Bastan, sin embargo, sus obras históricas, sus cantos poéticos, sus leyendas y

novelas para que le contemos entre los más castizos, elegantes y pulcros escritores de nuestra lengua.

En su «Vida de Washington,» obra que la muerte le impidió concluir, hay, como observa un biográfo, páginas tan poéticas, tan interesantes, tan sencillas y profundas, que parecen de Chateaubriand unas veces, de Washington Irving otras, de Macaulay ó de los misioneros del siglo XVI, y en sus composiciones juveniles descubrimos todos, como ha dicho Roa Bárcena, al poeta y prosista de estudios clásicos, al razonador lógico y elocuente, al hablista de fácil, clara y simpática palabra, y lo que vale más todavía, al espíritu levantado y poderoso, al corazón noble y amable cuyo defecto no era otro que la excesiva benevolencia. Tan raras dotes, maravillosamente reunidas en un solo individuo, hicieron de éste un escritor amado, bendecido, y venerado por todos los mexicanos. Portilla, como ningún extranjero en nuestra patria, alcanzó el honor de que un diputado ilustre, Joaquín Alcalde, propusiese en la Cámara que el Congreso declarara que el *ilustre escritor español, el insigne fundador y director de «La Iberia» Sr. D. Anselmo de la Portilla, había merecido bien de México.* Y México mereció bien de él, en efecto, como él merecía bien esa distinción tan alta. ¿Qué otro galardón, si no, puede concedérsele á un hombre que llegó al fin de su azarosa existencia, *llena su frente de*

laureles, pero ensangrentados sus pies con las espinas del áspero sendero de su vida? Sólo la inmortalidad es digno premio á estos varones superiores. Por fortuna para Portilla, España, México, la raza latina, la Justicia y la Historia lo han declarado ya inmortal: á él que en los combates de la vida tuvo una arma invencible: el talento; un lábaro glorioso: la patria, y una coraza impenetrable: la virtud!

(El Liceo Mexicano.)

VII

Ultimos libros.

De pocos meses á la fecha se ha enriquecido nuestra bibliografía literaria con la publicación de libros de versos y de historia que dejarán buen recuerdo de este año de 91, poco fecundo, á decir verdad, en tesoros del entendimiento. La indolencia literaria continúa; y esto, que un crítico muy inteligente atribuía hace poco á la situación política que nos rodea, no tiene más explicación que la estulticia estética y el egoísmo patriótico, si valen las frases, de nuestro público, poco dado á los arrebatos de la poesía, á los encantos de la novela y á las disquisiciones de la historia antigua y contemporánea, máxime cuando todas estas bellezas son producto de un ingenio nacional ó se encuentran flamantes y deslumbradoras en el aparador de una librería, y no mustias y profanadas en el estante de un Gabinete de lectura.

La decantada avaricia de nuestros editores, su indiferencia cuando menos por proteger las letras nacionales, son ya ilusorias si se las compara con el desdén estúpido de más de 400,000 habitantes. Ni los poetas más populares logran vencer esta frialdad invencible; ni Juan de Dios Peza puede labrar una me-

diana fortuna siquiera con la publicación de sus versos. Estos salen en completas y elegantísimas ediciones en el extranjero, pero ya los editores, dicho por alguno de ellos, no las mandan á México porque no se venden, y en cambio en la América del Sur esos versos del cantor del hogar se agotan al instante.

Ni los novelistas pueden luchar tampoco con esta apatía, á todas luces innata. Todos se estrellan contra esa muralla puesta por el egoísmo y por la depravación literaria. El Gobierno cuando publica las obras de nuestros grandes genios, como las obras de Ramírez; los editores cuando publican los versos de nuestros grandes poetas, como los versos de Urbina y de Rosas Moreno; los literatos ricos si publican trabajos incomparables como García Icazbalceta cuando dió á la estampa su «Bibliografía Mexicana del siglo XVI,» obra que implica cuarenta años de estudios y crecidísimos gastos; los escritores entusiastas y de buena voluntad como Justo Sierra, Sosa, Gutiérrez Nájera y Valenzuela cuando se reunen, protegidos por el Gobierno, para publicar un periódico literario que pudiera dar honra á México en el extranjero, todos adquieren una triste experiencia: que aquí ni el talento ni el estudio ni la inspiración pueden valerle á un autor mexicano un aplauso que halague ni una renta segura. En cambio, los *repartidores* merodean, las novelas españolas vuelan, los gabinetes de lectura inoculan al

arte. Los Pérez Escrich pasan de generación á generación, y los *culebrones* europeos se desbaratan por el uso. Mientras tanto, nadie lee á Rafael Delgado, ni estudia á Orozco y Berra, ni se preocupa por el *Nigromante*, ni le importan los estudios filológicos de Pimentel, ni los literarios de Altamirano, ni los históricos del biógrafo de Zumárraga. Esta es la verdadera causa de la decadencia literaria y no como piensa mi inteligente amigo *Pílades*, la conducta política del Gobierno. Este hace mucho.

Los literatos se hallan bastante bien. Los hay en el Gabinete, en la Diplomacia, en el Cuerpo Consular, en la Suprema Corte, en las Cámaras, en los establecimientos públicos, en las oficinas de los Ministerios, en el profesorado de las escuelas y en muchos otros puestos de mayor ó menor categoría. Hay también imprentas que el Gobierno paga y en donde infinidad de autores han hallado la publicación de sus obras.

Dada pues la indiferencia del público, es raro que en poco tiempo salgan varios libros, y laudable que los autores se atrevan á luchar contra viento y marea.

No hablaré aquí de una obra histórica que se ha publicado últimamente. *Micrós* ya dió cuenta de las espléndidas bellezas que adornan ese hermoso monumento levantado por mi respetable y erudito amigo el Sr. Lic. D. Eduardo Ruiz á una raza y á un Estado. El li-

bro «Michoacán» es un conjunto encantador de leyendas y de tradiciones en que el poeta está á la misma altura que el historiador y éste á la misma que el etimologista.

Los «Anales Mexicanos,» «La Reforma y el Segundo Imperio» por Agustín Rivera, tienen la importancia de todas las efemérides, que, desentendiéndose de las apreciaciones de partido, relatan los hechos tales como pasaron. El autor de esta obra es un anciano ilustre. Pocos de los que siguen el movimiento intelectual de nuestra República dejarán de conocerlo y de admirarlo. Ese sacerdote ya septuagenario y casi ciego que vive en Lagos, lejos del mundo, siempre estudiando y escribiendo, es una gloria verdadera de la literatura mexicana, un escritor valiente y progresista que al estudiar nuestra historia colonial, al hablar de nuestro atraso científico en los tiempos virreinales, al describir los sucesos más importantes de nuestra existencia política, tiene casi siempre una censura justa, una apreciación exacta, una idea avanzada. En medio de su estilo, que es muchas veces incorrecto y cansado, y de sus frecuentes digresiones y citas, siempre hay una esencia fragante de patriotismo, de talento y de justicia en todo lo que escribe.

Los «Anales» á que nos referimos abarcan de Febrero de 1854 á Marzo de 64; los hechos están exacta y sencillamente referidos, no faltando, sin embargo, algunos que, aun-

que el Padre Rivera se propuso lo contrario, se hallan comentados. Si continúa el autor la publicación de esta obra, y no la deja como á otras, trunca, prestará un inmenso servicio á la historia de nuestros últimos tiempos. Publicando documentos, como dijo un escritor, y formando efemérides, ganará más la ciencia histórica de México que con trabajos de otra índole.

A estos dos libros de historia acompañan tres libros de versos. Los de Adalberto Esteba, Fernández Granados y José Rosas Moreno. El de este poeta es el último; tiene por título «Hojas de Rosas» y es la reimpresión de las poesías publicadas por el ilustre cantor de la infancia el año de 54. Son las primeras estrofas del poeta y no hay que extrañar, por lo mismo, que en el tomo de que hablo haya muchas composiciones de muy mediano mérito. Sin embargo, figuran tres ó cuatro sonetos verdaderamente hermosos: «El Peregrino,» que encierra un símil perfecto, «Adán y Eva» que cuenta especialmente con unos tercetos soberbios, y el profundo y filosófico «A la muerte,» que tuvo la buena estrella de figurar muchos años en el panteón de Oaxaca, como original de un vate de Antequera. Pero no hay en este libro ni una «Elegía en la muerte de Juan Valle,» ni un «Valle de la Infancia.» Es menos hermoso que el que hace unos cuantos meses publicó también la casa de Murguía, y que nos proporcionó ma-

teria para publicar un artículo acerca del glorioso y simpático papel que representa en nuestra literatura el inmortal poeta y fabulista José Rosas Moreno, el más dulce, el más sano y el más tierno de nuestros poetas, como le llama Peza.

En cuanto á Enrique Fernández Granados, los lectores de *El Nacional* ya lo conocen mucho. Es un poeta que cincela versos, que siempre con elegancia suma expresa sentimientos delicados, y desengaños y tristezas de guante blanco. No encontraréis en él una decepción profunda, ni un arrebato loco, ni tampoco una queja vibrante ó una pasión desenfrenada y tempestuosa: siempre lo veréis triste pero amable, sencillo y dulce; para lanzar un anatema, una maldición, una nota soberbia, necesita traducir á Stechetti. Todo esto lo notaréis en «Margaritas,» primorosa colección de sonetos elegantísimos, de pequeñas odas y traducciones esmeradas. *Fernangrana* es un poeta que idolatra la forma y que está llamado á ser en tiempos no muy lejanos verdadero modelo de corrección y de elegancia.

Adalberto Esteva es también adorador de la forma y por esto creo que es por lo que más valen sus versos. *Pílades* los ha juzgado con talento, pero con alguna pasión: reconoce muchas de las bellezas que tiene «El Libro del Amor,» pero atribuye el que éste sea la expresión de dolores íntimos á la decadencia literaria que reina dizque por los errores del Go-

bierno. Yo no pienso lo mismo. Yo creo que Adalberto Esteva cantó sus penas porque en ello encontró placer especial, pero no porque haya opresión del pensamiento ni cosa que se le parezca. Cantó sus dolores, y con frecuencia de un modo bello, porque es á lo que siempre han aspirado los poetas, porque el amor, y sobre todo el amor desgraciado, ha sido, es y será fuente de conmovedora poesía, sin que esto quiera decir que cantar los dolores personales sea más propio de la época que cantar los dolores, las luchas, las incertidumbres y las aspiraciones de la humanidad, tarea de tal manera levantada que no todos la pueden acometer. Pero tampoco hay que renegar por completo de esas quejas eróticas. Hay que decir como un crítico ilustre: «Las lunas de miel no han producido libros inmortales» . . . . . .

VIII

Historia de un Colegio.

No es un libro escrito, como su autor lo afirma, en humilde prosa y en estilo llano, el que con los atavíos más exquisitos del arte tipográfico acaba de dar á la estampa el fecundo escritor D. Enrique de Olavarría y Ferrari. Libro como el que él ha producido, que es á un tiempo mismo austero monumento levantado á la memoria de insignes bienhechores y curiosa agrupación de datos históricos, no podía ser escrito de otro modo que como ha brotado de su pluma: con la elocuente sencillez de la gratitud y la hermosa majestad de la justicia. Es por lo contrario la *Reseña Histórica del Real Colegio de San Ignacio de Loyola*, una gallarda muestra de la discreción con que maneja el habla el Sr. Olavarría, y del vasto caudal de dotes que lo adornan para llevar á honroso fin trabajos de índole tan poco adecuada á los gustos del público. Llega sin embargo su libro á manos del lector más encarnizado contra estudios de este género, y en breves días le da cima á su lectura, porque en aquellas páginas severas y concisas palpita toda una historia gloriosa de virtudes inmortales y de sentimientos filantrópicos sublimes; porque semeja la obra un poema en que

el autor ha cantado toda una epopeya de luchas incansables, de sacrificios inmensos, de cruentas batallas lidiadas de continuo para bien de los que sufren, en provecho sólo de los desamparados, y en aras de la caridad que se inflama á la vista de las desgracias y se vivifica al recio empuje de las dificultades materiales.

Si interrogásemos á cada muro, á cada piedra, á cada humilde grano de arena de los que forman esos soberbios edificios legados por el amor al prójimo á las generaciones venideras, si les interrogásemos, decimos, por cuanta acción benéfica se fueron agrupando hasta llegar á constituir un puerto para la desgracia en medio de las tribulaciones de la vida, sentiríamos profundo desconsuelo al comparar nuestra ingratitud con tal grandeza, al comprender qué injusto es el olvido en que hemos puesto tanta virtud heroica.

En México, Gante, Fray Bernardino Alvarez, Sáyago y su santa mujer, el Arzobispo Núñez de Haro, el Duque de Regla, y en tiempos más cercanos Trigueros, Vidal Alcocer y Concepción Béistegui, aguardan en el silencio majestuoso de sus tumbas que los historiadores cuenten á la posteridad sus hermosos hechos, y que los artistas les den la vida inmortal del mármol ó del bronce. Sólo Juan Peza, con éxito envidiable por cierto, ha penetrado entre nosotros á los asilos del dolor, ha recorrido los archivos y las biblio-

tecas, recogiendo tradiciones y coleccionando datos, para publicar en seguida su historia de la beneficencia en México, obra que muestra hasta qué extremo llegaban la fe, el desinterés y la piedad de nuestros mayores.

Hoy, una nueva monografía de esta índole enriquece el reducido catálogo de libros que constituyen nuestra literatura nacional, y que como el presente forman también la historia de la ciudad de México. Este libro es la Reseña histórica del Colegio de San Ignacio de Loyola, como se le llamó en sus primeros tiempos, de las Vizcaínas como se le denomina por todos, ó de la Paz como hoy es su nombre oficial. Su autor es, según decíamos al principio de este artículo, el Sr. D. Enrique de Olavarría y Ferrari ya honrosamente conocido, por las recomendables obras de su ingenio, en nuestros círculos literarios. Dió en otras épocas á las letras mexicanas una estimable colección de *Episodios históricos*, y en días más recientes han admirado muchos su serena imparcialidad de historiador, su hondo conocimiento de nuestro pasado borrascoso, en las páginas de *México á través de los siglos* que con tino y habilidad bien difíciles por el candente período político que abrazan, escribió en esa obra monumental.

Por él hoy tenemos una historia completa, minuciosa, basada en datos oficiales y escrita en el teatro mismo de los sucesos que narra, de ese asilo inmortal que levanta sus tétricos

muros, custodios de la ancianidad y la pureza, en uno de los apartados barrios de la ciudad. No hay, ni puede haber tampoco, santuario que cuente con mayor número de bendiciones que el que la caridad erige para arrancar al mundo futuras víctimas suyas, que el que los venerables vascongados de la Cofradía de Aranzazu, levantaron en Nueva España para que en él, ancianas, niñas y jóvenes hallasen holgada subsistencia y santa paz de espíritu, exentas como debían estar las conciencias de las vírgenes asiladas de toda asechanza mundanal y de cualquier peligro liviano.

A la historia conmovedora de esta institución tan noble ha consagrado sus trabajos de escritor el Sr. Olavarría, y con tan buena suerte, que al cerrar el libro apenas habrá dato que se ignore ó acontecimiento insignificante que á juicio del lector se haya escapado á las investigaciones del historiógrafo. En las primeras páginas se asiste con respetuoso interés á la fundación del Colegio, se le mira nacer en la Capilla de Aranzazu, en una junta de ilustres vascongados, brotando de los hermosos corazones de estos filántropos; se presencian después las dificultades que desde su cuna asaltaran al establecimiento, sin que descorazonasen á sus heroicos fundadores; se siguen, se admiran y bendicen los trabajos de éstos, hasta que llenos de gratitud y de alegría acompañamos al Arzobispo Vizarrón y Eguiarreta á colocar la primera piedra

del colegio, el 30 de Julio de 1734. Después, concluída ya la fábrica, tras espléndidas donaciones é incontables esfuerzos, abiertas las puertas del plantel, se contemplan tantas luchas, se veneran tantas virtudes, se narran en el libro tan singulares actos de caridad, se observan en la marcha del *Real Colegio de San Ignacio de Loyola* viscisitudes tan violentas y se confunden de tal modo en la mente del lector nombres gloriosos, acciones inmortales, desprendimientos sin límites, victorias continuas sobre dificultades abrumadoras, ejemplos eternos de amor al bien, que es imposible dar una idea aquí de todo lo que el libro cuenta, y de lo que el Colegio simboliza.

¡Qué admirable minuciosidad en los detalles, qué estudio tan profundo de la materia, qué vigilias tan largas acusa este libro del Sr. Olavarría, en el cual se sigue paso á paso la vida de una institución, se pintan el carácter, la energía, la nobleza, los beneficios de cien varones inmortales, y se rinde á éstos tal homenaje de respeto, que la simple enumeración de los hechos basta para que al concluir la lectura sólo se escapen de nuestros labios bendiciones en loor de Echeveste, de Aldaco, de Meave que sacrificaron cuantiosos bienes de fortuna; de Zorrilla y de Fernández de Uribe que fundaron las escuelas públicas, y sobre todo de la Madre María Nicolasa de San José, que contribuyó para la fundación con real y medio por no tener más, y de la

Sra. Dª Juana Silva de Portillo que cedió los diamantes que llevaba puestos para contribuir con su producto. Y junto á estos sublimes rasgos ¡cuánta honradez en el manejo de los bienes, qué ardoroso afán por defender, sin cejar un ápice, los derechos del colegio tantas veces atacados por la Iglesia, qué decidido empeño en declarar laico el plantel, despojando de toda ingerencia al clero, qué odiosa la guerra que desde el Arzobispo Rubio y Salinas hasta días muy cercanos á los nuestros han declarado á las Vizcaínas los enemigos de lo grande!

De todo habla, de todo da cuenta, todo lo refiere el Sr. Olavarría en su libro: allí aparece Gamboa, el insigne jurisconsulto del siglo XVIII dotando al Colegio de unas constituciones admirables, surge también la Madre de la Patria Doña Josefa Ortiz de Domínguez, pasando los primeros años de su juventud al abrigo consolador de esos benditos muros, y aparece D. Benito Juárez con un nuevo timbre para nuestra gratitud y un nuevo laurel para su gloria: haber salvado en 1861 los caudales y existencia del Colegio.

¡Viva y propáguese mucho la obra que hoy anunciamos, para que así vivan y se propaguen nombres que nadie debe ignorar y virtudes que todos deben seguir!

De este culto al bien y á sus heroes brotan muchas santas ideas.

¡Que encienda el libro del Sr. Olavarría en alguna alma levantada, el deseo de imitar á los vascongados de la Cofradía de Aranzazu!

¡Será esta la más hermosa gloria del autor!

IX

Luis G. Ortiz.

Fuí á su casa á preguntar por su salud, y lo encontré ya expirante. Sentado en un sillón; viendo lánguidamente, con mirada de despedida, hacia el alegre enjambre de aves y de rosas que eran sus compañeras de nostalgias, y dispuesto á morir. No quise hablarle, no quisimos verlo más bien dicho, ni el poeta que más lo quiso—Fernández Granados—ni yo. Creíamos que era matar toda esperanza, que era perder toda ilusión; que aquel saludo del cariño se podía convertir en el adiós de la amistad. Atravesamos tristemente el jardín, pasamos con rapidez frente á la puerta de la alcoba, nos detuvimos en el umbral de la casa, y una triste telepatía ligó nuestros espíritus con el mismo sombrío presentimiento..... Ya en la calle, cuando tendí la vista sobre la poética mansión del moribundo, me acordé del poeta, vinieron á mi mente aquellos versos de Ortiz.

. . . .

Todo es en él tranquilidad, reposo,
Cantares de ave y murmurar de río,
Si lo vieras ¡Elvira! en su verdura
Un templo al dulce amor todo de flores,
Han formado mi amor y mi ternura.

Allí tu imagen se alzará entre olores,
Y mis labios darán á tu hermosura,
Besos de miel y suspirar de amores.

El poeta había surgido sano, potente, apasionado, con todas las ilusiones de su espíritu, con todas las nobles ansias de su juventud deslumbradora. Ya no era el viajero agotado por la pelea, el peregrino presto á abandonar báculo y terruño en pos del sosiego eternamente manso; ya no, ya era Heberto, ya era el cantor, el dios de toda una época, el astro rutilante de una vía láctea que mañana no existirá, porque se va borrando á cada día. ¡Y qué inmensa distancia palpé entre el Heberto joven, mimado por las musas, idolatrado por las damas, lleno como Lord Byron, de todas las hermosuras del rostro y de todas las claridades del espíritu, seguido triunfalmente por el amor y por el aura pública; qué inmensa distancia noté entre ese Heberto y el moribundo solitario, el poeta herido que en ese momento pavoroso de las inmensas hojeadas al porvenir y al pasado, debe de haber visto allá muy lejos, las sonrisas de las mujeres que lo quisieron, las ovaciones de los hombres que lo admiraron, y muy cerca de sí, á su derredor, para hoy, sólo las plegarias trémulas de la familia, para el mañana, ¡tal vez para el siguiente día! sólo unas cuantas frases en la prensa, unas sencillas coronas en su tumba. ¡Cómo nos llena

de pesadumbre, de melancolía honda y natural, este triste destino! Deslumbrar con el talento, hacer esclava á la mujer con la apostura, ir por la vida escuchando donde quiera los salmos de la gloria y las estrofas del amor, ser romancescos en la conquista, vencedores en la pelea, nobles y venturosos en el solio, para extinguirse en un instante, sin labios que besen nuestra boca, sin bocas que canten nuestros versos, sin almas que en el lecho, primero, en la fosa, después, entonen á nuestra alma los santos, los cariñosos ruegos del amor!

¡Oh inolvidable Heberto, dulce cantor de pechos más sanos que los nuestros, intérprete sencillo de luchas más tranquilas, de afecciones más castas, de tiempos más creyentes: tus versos vibran, tus estrofas conmueven, tu poesía vivirá porque nace del alma; pero más que tus versos, que tus estrofas y que tu poesía, vivirá tu existencia, palpitará eternamente tu historia en nuestras almas, porque tu historia es un ejemplo, porque tú enamoraste á la mujer y la tuviste á tus pies, porque tú perseguiste á la gloria y la tuviste en la frente, y ni gloria ni amor te han acompañado en tu agonía tranquila, en tu marcha serena. Yo te respeto por eso, porque has sentido ese vacío que siente todo varón ilustre, y has tenido en los instantes de tu muerte lo que no tuviste en los momentos embriagadores de tu vida: la percepción clara y dul-

cemente aterradora de las volubilidades humanas. Trovador de esperanzas románticas, ¡cuán triste fué tu decepción en los estertores de tu despedida!

¡No! No es ideal la mujer, no es realidad la gloria, no es tesoro el amor: ¡todo cambia, poeta! el vencedor de ayer será el vencido de mañana, las rosas que hoy entrelazan tu diadema, tú mismo, convertidas en hojas, las hollarás más tarde con tus plantas. Mueren los poetas y las poesías, calla su trompa la epopeya, cuelga su caramillo la bucólica, pende de un sauce sus ideales vetustos la poesía soñadora, ¿cómo no habías de sucumbir arrolla do por corrientes opuestas y por afectos distintos?

Hoy, al volver del panteón, leeré tus versos; la sombra de Petrarca desfilará por tus sonetos; fragancia virgiliana encontraré en tus vergeles. Mañana, cuando vuelva á tu casa para abrazar á los tuyos, para decirle adiós á todo lo que tú amaste y poseiste, al ver tu cuarto de trabajo ya vacío, recordaré á Micros: «No había ya flores en la mesa del poeta.» ¡Nó! Recordaré á la poetisa que te amó, á Dolores Guerrero, y al repetir sus versos:

A ti, joven de negra cabellera,
De tez morena y espaciosa frente,
De grandes ojos y mirada ardiente,
De labios encendidos de rubí;

De nobles formas y cabeza altiva,
De graciosa sonrisa y dulce acento,
De blancos dientes, perfumado aliento
A ti te amo no más, no más á ti!

Veré una nueva vez lo que es la vida; la triste vida que ayer acabaste de vivir!

(El Renacimiento.—1894.)

X

Don José María Roa Bárcena.

Entre los últimos libros que usted me ha remitido—escribía hace poco D. Juan Valera á la Sra. Gimeno de Flaquer—hay uno que me agrada sobremanera. Su autor, D. José María Roa Bárcena, es de los hombres más eminentes y simpáticos de su país. Conozco sus poesías líricas, que él mismo me ha enviado; pero sólo sé por fama, y tengo gran deseo de ver, sus leyendas históricas de antes de la conquista española y sus eruditos trabajos en prosa como historiador del Anáhuac. El Sr. Roa Bárcena es también novelista; y dan brillante prueba de su mérito en esta clase de escritos los «Varios Cuentos» reunidos en un precioso volumen, de que usted me regala un ejemplar. «Noche al raso» es lindísima colección de anécdotas y cuadros de costumbres donde el ingenio, el talento y la habilidad para narrar, están realzados por la gracia y naturalidad del estilo y el primor de un lenguaje castizo y puro, sin la menor afectación de arcaismo.

«En el terrible cuento «Lanchitas,» la fantasía del autor y su arte y buena traza, prestan apariencias de verosimilitud y hasta de realidad, al prodigio más espantoso.»

Este juicio es el más breve y autorizado

que pudiera yo citar en elogio del egregio literato D. José María Roa Bárcena, que si es honra de las letras por la majestuosa gallardía con que maneja el habla castellana, por la alta y robusta inspiración que se descubre en sus poesías, y por el tacto y talento con que ha penetrado hondas cuestiones políticas, históricas y literarias, lo es también de la sociedad en que vive, por la intachable caballerosidad de que ha dado muestras en su ya avanzada y fecunda existencia. Tocáronle en suerte al Sr. Roa Bárcena los días terribles de nuestras luchas intestinas, y la época angustiosa y memorable de nuestra metamórfosis social. En aquellas luchas emprendidas por los partidos beligerantes con el ardor que inspiran las creencias más arraigadas, Roa Bárcena tomó una parte considerable, defendiendo con el entusiasmo propio de la convicción y de la juventud, el régimen antiguo y las ideas reaccionarias.

Mientras más enardecidas se hallaban las pasiones; mientras era más rudo el ataque enemigo y más incierto el éxito de la lucha, mayores eran la fe, la energía y la vehemencia con que él peleaba por la causa que su conciencia le pedía que defendiese. Tales fueron sus rasgos característicos como periodista; la honradez y convicción con que luchó por sus principios, y la caballerosidad sin tacha con que trató siempre á sus enemigos. Tanto es así, que en aquellos días de persecuciones

y sufrimientos, él mismo declara que, á pesar de que en su periódico, *La Cruz*, se trataban las cuestiones político-religiosas debatidas, resolviéndolas radicalmente en contra de la Administración y del partido preponderantes, eran tal su moderación y tacto, que la publicación duró casi tres años en el foco de los más opuestos intereses y de las pasiones más exaltadas, sin que uno solo de sus adversarios pudiese quejarse del menor agravio personal, y sin que le hiriera una sola providencia gubernativa. «Luchó por la causa de la reacción, dice un escritor liberal—el Sr. Riva Palacio—fué uno de los paladines de las ideas conservadoras en la prensa, pero ha tenido el orgullo de haberse retirado del combate sin haber escrito nunca en tales diarios ninguna de esas diatribas, ninguno de esos artículos en que el insulto y la calumnia son el hilo y la trama de que se vale el periodista, y que por desgracia están en moda entre nosotros.

No me ocuparé en las ideas políticas que Roa Bárcena defendía: ya he dicho que para mí, en estos artículos, las cuestiones políticas no tienen significación alguna; pero no puedo dejar de insistir sobre el giro caballeroso que Roa Bárcena dió siempre á todos sus escritos políticos en los momentos en que la lucha era más terrible.»

Hay, pues, que ensalzar en el Sr. Roa Bárcena, antes que todo, al periodista sin odios personales, sin rencillas ni intereses bastardos.

Tampoco nos fijamos nosotros en sus ideas políticas. Defendió lo que sentía, y esto basta para que sea un escritor respetable y un hombre honrado. Se puede decir de él lo que él ha dicho de Don Quijote, que en medio de sus errores luchó siempre:

ojos y corazón puestos en alto.

Así luchó Roa Bárcena; y cuando al embate de las ideas modernas y de los sentimientos nacionales desplomóse el régimen que él defendía, retiróse á su hogar con la tristeza de quien ha perdido en política, con el orgullo de quien ha ganado en el concepto de sus conciudadanos.

Desde entonces vive consagrado á las labores mercantiles, y nadie podría reconocer hoy en el grave comerciante, al vehemente paladín de aquellas épocas. Las letras no le han olvidado por esto. Lo visitan de vez en cuando, y entonces renacen el poeta, el novelista, el historiador, el crítico, que tanto lustre ha dado á nuestra literatura. En todos los géneros de las bellas letras ha recibido aplausos.

Como poeta, lo he dicho otra vez, es robusto é inspirado en sus poemas, valiente en sus odas, galano en la erótica y acertado en sus traducciones escogidas. Ha recorrido en la poesía desde el género humilde y popular: la leyenda, hasta el heroico y levantado: la épica; rayando sin duda á igual altura su «Cuesta del Muerto,» por ejemplo, narración de trá-

gicos amores, su «Canto del Ave del Paraíso,» su «Xochitl ó la ruina de Tollan,» su «Fundación de México» —leyendas todas correctas é inspiradas—y su «Oda á Iturbide» ó sus graves y profundas «Horas serias.»

En España y en la América del Sur han sido recibidas estas poesías con señaladas muestras de aprobación, y un crítico colombiano al publicar en Bogotá las composiciones poéticas de Roa, coloca al poeta mexicano en envidiable puesto al lado de los que como Julio Arboleda, Echeverría, Pardo y Aliaga y Sanfuentes, en Sud América, Batres en Guatemala, D. José de Jesús Díaz, Ignacio Rodríguez Galván, Peza y Riva Palacio entre nosotros, han explotado con éxito é inspiración poco comunes, ese venero inagotable de la poesía y de la historia americanas: la leyenda. Son en verdad sus «Leyendas Mexicanas» de lo mejor y más útil que ha publicado.

Reunió en ellas la poesía y la historia, como ha reunido siempre en sus producciones en verso la inspiración y la forma. No hablaré más de él como poeta lírico, pues ya lo hice extensamente en un artículo publicado hace algún tiempo en *El Nacional.*

Como historiador tiene una gloria: es él el autor de los Recuerdos de la Invasión Americana, de esa obra respetable que, según D. Justo Sierra, es un austero monumento, como tiene que serlo toda obra consagrada á perpetuar una desgracia gloriosa.

Ha escrito también un Ensayo de Historia Anecdótica de México, que en una bella forma abraza desde los primeros tiempos de nuestra país hasta la conquista; un compendio de Historia de México que abarca hasta mediados de este siglo, y otro compendio de Historia Profana. Ha publicado asimismo dos obras biográficas que pueden reputarse como estudios históricos y literarios de una época: la biografía de Gorostiza y la de Pesado, ambas con datos curiosísimos para nuestra historia intelectual y política de este siglo. Sus novelas cortas están ya juzgadas por Valera al principio de este artículo. Nada agregaremos á lo dicho por el príncipe de los prosistas españoles.

Entre sus obras críticas hay dos recientemente publicadas, de verdadero mérito; un «Acopio de Sonetos Castellanos,» que es una serie, juiciosamente anotada, de sonetos escogidos, desde la época de Boscán hasta la nuestra; y su carta sobre los Ripios Académicos y Aristocráticos, en que combate victoriosamente á Valbuena y pone de manifiesto lo absurdo de la crítica de este escritor, aplicándola al famoso soneto «El Sueño» de Argensola.

Hecha esta breve reseña de los principales méritos y de las obras más notables del Sr. Roa, concluyamos este artículo con algunos datos biográficos.

Don José María Roa Bárcena nació en Ja-

lapa el 3 de Septiembre de 1827. Fueron sus padres D. José María Rodríguez Roa, respetable ciudadano, y Dª María de la Concepción Bárcena. Dedicóse en su juventud al comercio y á la lectura: ésta le trajo el amor á escribir, y por aquella época publicó «Diana,» «Memorias de un peregrino» y su novelita «Una flor en su sepulcro.» Vino á México en 1853, y obligado por vocación y circunstancias irresistibles se dedicó á la prensa, ingresando á la redacción de *El Universal*, periódico dirigido por D. Ignacio Aguilar y Marocho y D. Anselmo de la Portilla. En 1855 pasó á *La Cruz*, y allí tuvo la honra de escribir al lado de D. Clemente de J. Munguía, D. Bernardo Couto y D. Joaquín Pesado.

Muerto este periódico, dirigió *El Eco Nacional* y *La Sociedad*, redactando él solo, durante mucho tiempo, este último diario, en el cual le hizo á Maximiliano ruda guerra, por haberse éste apartado de los principios conservadores.

Caído el Imperio, fué reducido á prisión, pero por súplicas de la prensa liberal se le puso en libertad á poco tiempo.

Ha colaborado en muchas publicaciones literarias, en las cuales se hallan innumerables poesías y artículos suyos. Es autor de un compendio de «Geografía Universal;» de un hermoso poema «Vasco Núñez de Balboa;» ha traducido «Mazzepa,» de Lord Byron; el «Cántico de la campana,» de Schiller; frag-

mentos de «Hamlet» y de «Romeo y Julieta» de Shakespeare, y poesías de Virgilio, Horacio, Chenier, Blanco White y de otros grandes poetas antiguos y modernos. Pertenece á varias corporaciones literarias, entre otras á la Academia de la Lengua, y es, para ensalzarlo en pocas palabras, un escritor eminente, uno de nuestros *olvidados* más ilustres.

XI.

Nuestra historia local.—Prólogo á una obra.

La vibrante pluma de mi amigo el joven literato Javier Gaxiola, presta hoy un valioso contingente á nuestra historia nacional con la aparición de esta obra, que publicada en tiempos de una desesperante esterilidad, prueba que las altas virtudes y las proezas patrióticas hallan aún en el alma de la juventud perfume que las inciense.

Ya va muriendo la generación aquilina que conmovió hondamente á la mitad de este siglo los fundamentos de nuestra sociedad, y antes de que su extinción sea eterna, la patria tiene un solemne derecho: el de exigir á esos sus buenos hijos de esa insigne generación, que le den cuenta á la posteridad, de sus luchas, de sus sacrificios, de sus trabajos, de sus triunfos, de los laureles que orlaron sus sienes victoriosas y de las zarzas que hirieron sus plantas destrozadas.

Nuestra historia aguarda esos relatos de los caudillos, esas autobiografías sinceras de los heroes, esas confidencias solemnes de los semidioses ante los pueblos que han vivificado con su espíritu, esa palabra augusta del luchador que tras del triunfo ó de la derrota, en el caliente hogar ó en el frío destierro, sacu-

de su memoria, redivive á su espíritu, abre de par en par las puertas de su corazón, y suelta el raudal de sus recuerdos sobre el oído reverente de la familia ó de la muchedumbre. Pero si no llegan esas relaciones venerables, la juventud, antes de que desaparezcan los supervivientes de nuestras luchas titánicas, debe ir á ellos, y arrebatarles sus secretos para formar nuestra historia, nuestra historia que está en *block* todavía, si se me vale la frase. Hecatombes y glorias, sufrimientos y triunfos, excelsitudes y desgracias, perfidias y heroísmos, todo vive en la memoria popular; pero vive sin que consten descritos sus detalles siniestros ó sus matices fulgentes: carecemos de la historia anecdótica y de la historia local, de ese inmenso repertorio en que se guardan eternamente frases, abnegaciones, sacrificios, episodios de gloria, páginas de luto, relatos de familia, tradiciones de pueblos, historias íntimas de la vida nacional, que se trasmiten de gente en gente y que se perpetúan con la vida del recuerdo, pero que no traspasan muchas veces las estrechas fronteras de un villorio. Si todo ese caudal se recogiese y se encerrase en monografías locales, si cada pueblo, si cada Distrito, si cada Estado evocase todas las epopeyas que han visto sus montañas, todos los cantos de independencia que han vibrado en sus bosques, todas las frases de libertad y los salmos de gloria que han saludado á sus patíbulos, y to-

da la sangre y todo el llanto que han hecho salir de cauce á sus corrientes, nuestra historia sería, y los rayos de gloria que hoy forman la inmensa diadema de la patria, centuplicaríanse á nuestra vista, de la misma manera que se centuplicarían á nuestros ojos los túmulos que tenemos que ornar con nuestras palmas y los nombres que tenemos que bendecir con nuestros himnos.

Por esto es tan laudable el esfuerzo del joven y vehemente escritor Javier Gaxiola, que hoy presta á toda una entidad federativa el inmenso servicio de presentarla ante la Patria, y de decirle á la República cómo virtieron en Sinaloa sus ideas los pensadores y su sangre los héroes, en los aciagos tiempos de la Reforma y de la Intervención. De aquí que Sinaloa, con el libro patriótico y erudito de uno de sus mejores hijos, ya tenga cubierto su cuartel en el escudo solariego de esta santa mansión de la patria, y repartida su heredad de gloria en el terruño mexicano.

Pronto otro Estado—Michoacán—alcanzará igual honor, merced á los esfuerzos del simpático y patriota liberal Eduardo Ruiz, que está recogiendo, para presentarlos á la patria en un solo haz, todos los lauros obtenidos en esa heroica tierra por los Régules, los Riva Palacios, los Villadas, Arteagas, Salazar y Jesús Díaz. Y de esta suerte no pasarán muchos años sin que los gritos de venganza y de justicia que oyeron nuestras fronteras del Nor-

te, repercutan al través de la historia, en las fronteras del Sur; no correrá largo tiempo sin que broten á la vida del libro, los gladiadores oscuros, los mártires que yacen olvidados, los patriotas sinceros que en el repliegue de una montaña ó bajo la cruz de un campanario, lucharon sin la esperanza siquiera de que sus nombres se supiesen. Brotarán, no lo dudamos, al conjuro de los escritores, como Gaxiola, laboriosos y patriotas: México aumentará entonces el inventario de sus glorias, y estos trabajos que hoy cultivan pocos, constituirán la verdadera Historia del País.

Sí. Por fortuna se van amortiguando ya todos los odios de bandería que se hallaban imbuidos en nuestro organismo nacional: una corriente sana, un móvil noble impulsa hoy á la juventud pensadora, que apartada casi por completo de las exaltaciones demagógicas, somete los problemas históricos y sociológicos á un criterio científico. No estamos ya en tiempo de combate, y ahora ni nosotros ni nadie querría atizar las hogueras de la Inquisición ni tampoco afilar la cuchilla del 93: la verdad se abre paso, el fanatismo religioso y el jacobinismo político han enfriado sus cráteres, y un nuevo grupo, inteligente y sereno, pugna por llevar á todas las especulaciones de la mente y á todas las clases de la sociedad, el criterio de la Ciencia y de la Justicia. Cuando se haya uniformado este criterio surgirá más gloriosa la década de la Reforma y de la Inter-

vención, porque entonces el juez reemplazará al sectario, la olímpica altivez de la verdad á la nerviosidad de la ira venenosa.

¡Cuán vivamente anhelamos, al escribir este prólogo, que luzcan esos tiempos de imparcialidad, y que impulsados por generosos móviles haya muchos que eternicen, como Gaxiola, el valor inconsciente pero milagroso de las masas, y la fe de los mártires y la convicción de los caudillos! Harán, como el autor de este libro, una buena obra, y si tienen talento, como él lo tiene, harán al mismo tiempo una obra buena.

XII

UNA POESÍA Y UN DISCURSO.—CRÓNICA LITERARIA.

Se trataba de una poesía de Porfirio Parra intitulada *Virtus*, y dos escritores de talento la juzgaban de modo bien distinto: para el uno, *Claudio Frollo*, los versos eran verdadera obra de poeta potente y levantado; y para el otro, para Javier Osorno, palidecían junto á las soberbias obras del admirable cantor de *Las Matemáticas*. Los dos, *Claudio Frollo* y Osorno, discutieron bastante esta poesía, y no pudiendo llegar á ningún acuerdo nombraron tres árbitros que en augusto jurado discernieran la razón y la victoria, á quien por tener la primera fuese digno de alcanzar la segunda.

Nombrados, un sabio: el Dr. D. Manuel Flores, y dos poetas: D. Luis G. Urbina y D. Balbino Dávalos para formar el tribunal, jueces contendientes y dos espectadores se reunieron el domingo último, y en torno de una mesa espléndidamente servida discutieron unos y fallaron otros la cuestión estética que se les proponía.

Desde luego hay que hablar de los versos de Parra, y que decir, sin ambajes, que en concepto del que esto escribe, revelan todos ellos el poderoso aliento que tiene que infun-

dirles siempre á todas sus obras, el espíritu profundo de Porfirio Parra. Es imposible imaginar siquiera que algo brotado de ese cerebro, en donde hallan cabida las ideas más abstrusas y los conocimientos más diversos, pueda ser obra mediocre. Y convencido de esta idea, Javier Osorno no sostuvo ni podía sostener que *Virtus* fuese una composición mala, como no lo es ni lo puede ser en efecto.

Desde luego surge en esos versos el poeta moderno, y no lo llamamos así porque pensemos un momento siquiera que el convertirse en eco de las pasiones extrañas y hacerse voz de los sentimientos que bregan en perpetua lucha en el espíritu de nuestra raza, de nuestros contemporáneos ó de nuestros semejantes todos, sea cualidad peculiar de la poesía del siglo.

Bien sabemos que muchos críticos eximios piensan precisamente lo contrario, que juzgan que la poesía en que el cantor desaparece y lo reemplaza el pueblo, es más propia de las sociedades primitivas que de las actuales, en las que, según Heine, como el mundo se ha dividido, el poeta ha tenido también que dividir su corazón y su Musa.

No lo llamamos pues moderno porque creamos que canta las ansias y tribulaciones nuestras, puesto que estamos seguros de que en todos los tiempos el verdadero poeta ha condensado hasta en sus composiciones más personales y más íntimas, mucho de lo que palpitaba

en corazones extraños, que sentían lo mismo, pero que no acertaban á explicarlo, y que en la lucha ruda y tenaz que lidiaban sólo querían para ser comprendidos que un alma superior las interpretase honda y exactamente. No admitimos, por tanto, más que esta diferencia: que el poeta canta y da vida eterna al conjunto de sentimientos que laten dentro de su alma, pero es difícil que este conjunto de sentimientos sea tan singular y tan diverso que no se halle siempre, en cualquier época, en consonancia con sentimientos generales.

En *Virtus* vemos la poesía viril, enérgica, vibrante, tal como hoy agrada. Allí el poeta, en valientes tercetos, se muestra superior á todo. No es él, como dijo *Claudio Frollo* con sobrada razón y con vehemencia oratoria, el que increpa á la tormenta de la vida y que aguarda tranquilo las veleidades del destino implacable; es el espíritu del hombre el que se yergue altivo, como dueño del mundo y señor de su vida.

El bardo desaparece y entra la humanidad: la humanidad que recoge el guante de los dioses y se apresta á la lucha, que halla un vaivén de danza en los estremecimientos de la tierra; que aunque sus enemigos la acechen, la persigan y la alcancen, la podrán despedazar pero no rendir; que como el jabalí valiente sucumbe en la lucha, y que quiere esperar la luz en medio de la noche, siempre dispuesta al combate, nunca, ni un sólo ins-

tante, pusilámine ó arrepentida. Aquí está el hombre, no el poeta. Aquí estamos todos y no Porfirio Parra. *Claudio Frollo* en esto tenía razón.

Estos arranques de valor, pudiera decirse, estas vehementes explosiones de la indignación ó de la dignidad humanas son viejas en poesía. Horacio en su oda III del libro 3°, que comienza, si no recuerdo mal, así: *Justum et tenacem propositi virum,* dice, según la traducción de Burgos:

«De ciega plebe el vocear insano
No conmueve al varón constante y justo,
Ni de su pensar recto, el ceño adusto
Le aparta del tirano;
Ni el austro que del Adria remugiente
Su rabia en la onda muestra;
Ni de Jove potente
La fulminante vengadora diestra.
Si los orbes se hundieran
Las ruinas impertérrito le hirieran.

Y desde esta tremenda hipérbole hasta las herejías de Stechetti, de exclamar: «A la muerte y á Dios provoco y reto,» no han sido los poetas muy parcos en maldiciones, amenazas y alardes de valor grandioso y poético. Aquí se presentó la más interesante cuestión á los jurados, y del brillante discurso del Sr. Flores voy á dar una idea, porque ya es hora. No elogio al doctor por su talento, que deslumbra, y por su palabra, que arrebata, por-

que nada nuevo diría. Le seguiré en su elocuente improvisación y nada más.

Pilatos—dijo—volteó la espalda y no quiso conocer la verdad. A nosotros se nos pregunta qué es la belleza, se nos da una poesía para saber si es bella ó no, y no volteamos la espalda: examinamos su forma y su fondo como en toda poesía.

Se llama «Virtus,» y su título lo indica todo; pero antes sepamos lo que es el valor. No hay poeta sin idea fundamental: la poesía no es palabra: busquemos la idea para saber si hay poesía. Veamos si la hay en esta composición, y veamos también qué clase de valor es el que debe tratarse en los producciones poéticas.

El valor es una cualidad moral que puede ser provocada por el brío y por el miedo. El Salto de Alvarado es una cobardía sociológicamente: las corazas, las picas y los cascos, aparentemente son efectos del valor, y sólo lo son del miedo.

Hay que separar estas fronteras. El valor no es la potencia para huir del peligro, sino la potencia para afrontarlo. Un hombre notable viajaba en un buque que fué víctima de un naufragio; el hombre previó su suerte, sacó su pistola y se mató. ¿Fué un valiente ó un cobarde?

Aquí se presenta la cuestión del suicidio. ¿Este es un acto de valor ó de miedo? Lo es de esto último. El suicida es un cobarde; co-

mo la retirada de los 10,000 es un acto de estrategia; pero no de valor. El Jurado tiene que tomar como base de su decisión esta idea del valor. Más allá estará la muerte, más allá estará la desgracia: afrontarlas, he aquí el mérito. Pero hay que considerar á éste en sus distintas fases, en sus tres formas distintas: el valor, que sin perder su esencia de afrontar el peligro radica en el aplauso de los demás: me lanzo al parapeto enemigo con la conciencia de mi fin trágico, pero con la esperanza de que al día siguiente aparezca en el parte de la batalla que como héroe luché y sucumbí. Por eso Nicolás Romero lidiaba envuelto en la bandera tricolor, porque sabía que la posteridad estaba presente y que las trompas de la fama se hallaban dispuestas á lanzar su nombre por todos los ámbitos del país.

En la segunda forma del valor domina el carácter reflexivo, frío: su tipo es Juárez, que no aspiraba á la gloria ni á la fama, que buscaba fines y que iba tras de medios: ni el golpe de Estado lo detenía, ni le preocupaba la posteridad; se sentaba sobre la Constitución de 57 y aguardaba el fin que perseguía.

En género distinto hay otra forma antitética de este valor: la audacia ciega del negociante que se lanza tras de una combinación de Bolsa y que espera el éxito, en cuya busca va.

Estas son las formas opuestas del valor reflexivo, del valor frío.

Hay otra forma de valor en la que ni el

aplauso ni el éxito son móviles; la del valor en los estoicos: el cumplimiento del deber, que ni los aplausos, ni la gloria, ni la utilidad los guiaban, sino sola y exclusivamente la conciencia. La forma quijotesca; la reflexiva, que prescinde de todo, menos del objeto que busca, y la estoica, que prescinde de todo, menos de la satisfacción propia, que no va tras del dios-éxito ni tras del dios-multitud, son las tres formas.

La segunda forma no está fuera de la poesía: no cantará al bolsista, pero sí cantará á Juárez.

Sin embargo, no existe fenómeno que esté fuera de la poesía. Así se explican Zola y Lamartine. El primero, pintando el fango humano; el segundo, la espuma. El poeta tiene derecho para escoger cualquiera forma de valor: si la primera, cantará á los héroes de Homero, si la segunda, á los diplomáticos italianos, si la tercera, á los estoicos, que se envolvían en su manto, contenían la respiración y se dejaban morir, ó á los cristianos, que, impelidos por su conciencia, sellaban con su sangre, firmes é inalterables, sus convicciones más sagradas.

Veamos qué forma es la mejor. Ante todo, la lógica es razón, la poesía y el sentimiento son arte.

El Sr. Parra hizo bien en no escoger el valor reflexivo, porque este es silogismo y no poesía.

Han pasado más de veinte siglos desde que los estoicos romanos morían tranquilamente sin desear otra cosa que decir en el último estertor de la agonía: «he cumplido con mi deber.»

Cantar en esta época industrial en que los tenedores de libros y los gerentes de Bancos manejan la cosa pública, cantar el valor de los estoicos, sería predicar en desierto. ¿Qué había pues de cantar el poeta?

La única forma: la quijotesca.

Busquemos en todas las literaturas á Don Juan Tenorio, y no le hallaremos más que en la española. Todos somos, más ó menos, Don Juan Tenorio: tenemos una válvula de seguridad que comunica con nuestra lengua, y que en nuestros actos, en nuestras frases, en todo, dejamos escapar: nosotros sabemos hablar, los ingleses saben ser.

Parra sabía que hablaba para una rama del *orientalismo* y del *socialismo:* sabía que el valor es casi siempre extravagancia y quijotismo, que se resuelve en la puerta de una pulquería. ¿Había de escoger el valor frío, el valor reflexivo, el valor estoico, cuando el poeta no traspasa entre nosotros el Bravo, y no tiene más auditorio ni más corazones que los nuestros? El poeta se muestra, pues, profundamente psicólogo y profundamente sociólogo, cuando en esos términos se dirige á una sociedad como la nuestra.

Hay dos elementos antagónicos en el espí-

ritu humano, que son como la fuerza centrífuga y la centrípeta: todo sentimiento moral, físico é intelectual se ve atraído por estas dos fuerzas, y es producto del antagonismo de éstas. La naturaleza es un perpetuo antagonismo: la razón y el sentimiento. ¿La poesía de qué lado está? Del lado del sentimiento.

El poeta debe, pues, buscar lo que es el valor como tema para el sentimiento, no como tema para la razón. No hay poesía posible que trate del cuadrado de la hipotenusa, ni estrofas sobre la caída de los cuerpos; pero, en cambio, hay poesía contra toda noción científica.

El Dr. Parra ha escogido, pues, al tratar de valor, la forma más oportuna, siquiera sea por el medio en que nos encontramos. Vamos, ahora á la cuestión de forma. Definamos y precisemos.

Hay un eje principal en la discusión: hay que fijar el concepto científico que debe tenerse de los epítetos. Unos dicen que el epíteto es la vida de la poesía, otros que es artificio de taller al que se acude cuando no se tienen ideas.

Si la poesía es, como es, un justo equilibrio, una compensación entre el componente y el compuesto, la forma y la idea, hay que acudir á la lógica, y la lógica viene, serena como una aurora, refrescante como una primavera, á decirnos lo que hay de cierto en el asunto: que las dos escuelas tienen razón.

Los paladines peleaban hasta la muerte por el color de un escudo que sólo habían visto por un lado. Nosotros hemos visto los dos y hemos consultado ese oráculo tranquilo de la lógica. El epíteto es esencialmente literario; en ciencia no los hay, se conocen nada más atributos, unos imbuídos en la significación precisa de las palabras, otros que no lo están pero que son inherentes á las cosas.

De aquí nace la idea precisa del epíteto. No debe ser redundante, ni despertar la misma idea. Y hay un número inmenso de palabras que son inherentes á la cosa pero que no la connotan. La poesía que tiene que describir necesita de los epítetos, que indican ideas inherentes, y en la poesía de Parra no encuentro ningún epíteto que esté dentro de la definición de las palabras, pero que sí es inherente á ellas.

El Sr. Urbina, el Sr. Dávalos y yo, creemos pues, que el Sr. Parra usa bien de todos los epítetos, porque éstos significan inherencia, pero no connotación. En cuanto á los epítetos, no por su calidad sino por su cantidad, ocurren estas preguntas: ¿Son muchos? ¿Son pocos? ¿Son bastantes? Es incuestionable que en el valor reflexivo los epítetos sobrarían, que en una poesía ó un teorema no cabrían sino el raciocinio y la demostración. *Don Quijote* es estoico; en la otra forma es imposible describir al Tenorio ó á Manolito Gázquez sin epítetos. Poesía es congruencia en-

tre forma y fondo. Si la idea es grande, tiene que serlo la forma.

El Sr. Parra, por la clase de valor que escogió, tenía que usar de muchos epítetos en su cantidad y en sus calidades fonética é ideológica.

El Jurado cree, pues, que la poesía de Parra es poesía en toda su extensión: entraña una idea grande en el fondo, y en la forma tiene en cuenta las ideas del medio sociológico. Parra, si no era poeta antes, con esta poesía prueba que lo es.

Así terminó el Dr. Flores su brillante discurso.

XIII

México viejo y su autor.

Mi buen amigo el gacetillero de «El Partido Liberal» me censuraba días pasados que no hubiese yo hablado en un artículo bibliográfico de algunas obras que acaban de publicarse, y para pagar con usura esta falta, ya que en esa vez no traté de libros que han salido á la publicidad, quiero tratar en ésta de uno que dentro de muy pocos días va á publicar mi erudito amigo y compañero Don Luis González Obregón. Lo conocen ya demasiado los lectores de EL NACIONAL, pues que no es en realidad ese libro más que la segunda edición de artículos que honraron nuestras columnas por un largo espacio de tiempo, y que fueron recibidos por el público con ese entusiasmo que raras veces despierta entre nosotros la aparición de un trabajo útil y laborioso. Entusiasmo excepcional, se puede decir, porque en donde se devoran nada mas malos versos y peores novelas, no es lo común que las producciones graves logren ser vistas con interés.

Tuvieron, sin embargo, esos artículos, la merecida fortuna de ser leídos por un crecido número de personas de todos gustos, y alentado quizás por esa buena acogida, el au-

tor los va á reunir en un tomo, para dar de este modo vida más duradera que la de un periódico, á sus curiosas investigaciones históricas. La índole misma de estas investigaciones, el carácter de los artículos que el tomo contendrá, artículos que por otra parte son ya conocidos de nuestros lectores, impiden al hablar de «México Viejo» ocuparse con especialidad en cada una de sus páginas, y obligan á juzgar de la obra por su conjunto, por su utilidad y por su espíritu. Bajo estos tres aspectos, que son esenciales, pienso que la obra es de lo mejor que se ha producido en México, y en este ramo, desde hace mucho tiempo. Por su conjunto es indudable.

Una obra en la que se halla trazada con líneas exactas la historia de la ciudad; en la que vemos levantarse desde su origen templos, edificios, colegios, coliseos, hospitales, asilos, etc., cuanto hay en la capital digno de un eterno recuerdo; en la que se destaca exacta y perceptible la imagen de aquellos tiempos del virreinato, con sus usanzas peculiares, con sus preocupaciones que todo lo invadían, con su carácter que era mezcla confusa de candidez y de arrogancia, con su fe religiosa tan arraigada como intransigente, con sus amores novelescos y su espíritu timorato; en la que hay también la relación de sucesos homéricos y de tradiciones cortesanas y populares, es una obra que ofrece en su conjunto tesoro tan rico de noticias, que quien la

estudie con atención sabrá por ella lo que en aquellos lejanos tiempos era la soberbia Metrópoli, tres veces asiento de poderosos gobernantes y otras tantas testigo de las más radicales metamorfosis. Y de este conjunto tan vario de datos curiosos, de acontecimientos memorables, de costumbres típicas y de olvidados sucesos, nace la utilidad de la obra, en la que encuentra el lector todo lo que los viejos cronistas guardan en sus páginas y en sus indescifrables legajos los polvosos archivos. Allí está todo: lo averiguado por otros y lo averiguado por el autor; lo que ha trasmitido la palabra escrita de venerables historiógrafos, y lo que ha descubierto la perseverancia incomparable del joven escritor. Porque es lo más provechoso y lo más laudable que hay en este libro: la cosecha propia, la noticia inédita, el dato arrancado al olvido por González Obregón, el afán de no repetir, solamente, lo que ya se ha dicho, sino de agregar siempre algo ignorado por todos é indagado por el autor en sus pacientes y laboriosas disquisiciones.

Tal es el mérito esencial de este libro y de este joven é infatigable escritor. En todo lo que ha producido su vasta erudición, hay algo que no se sabía, que nadie antes de González Obregón había averiguado, que sólo el joven bibliófilo ha podido descubrir merced á una perseverancia ilimitada; y por esto es

útil y provechoso para la historia de México todo lo que él produce.

Escribir de esta suerte, arrojando nueva y refulgente luz sobre sucesos pasados, es la única manera de perpetuarse y de dotar á las letras con obras que determinan un progreso, que señalan un acontecimiento plausible para la literatura mexicana, y que producen un beneficio positivo á los consagrados al estudio. Nadie al acabar de leer un libro de González Obregón podrá decir: ya todo lo sabía, todo lo he visto en tal autor, he perdido mi tiempo leyendo inútiles repeticiones. Nunca podrá decir tal cosa: siempre hallará en medio de mucho grano ajeno, mucha cosecha propia; al lado de la luz que han derramado escritores preclaros, los primeros rayos de una verdad desconocida: la erudición y la novedad en constante consorcio. Así lo ha hecho en «México Viejo;» así lo hizo en su biografía de «El Pensador» y en su bibliografía de Novelistas Mexicanos.

Como hoy presenta á nuestra vista la existencia de una ciudad, presentó á nuestra contemplación la vida de un hombre ilustre; y cuando ya habían enmudecido todos los biógrafos, y cuando ya se creía que la historia del Pensador estaba concluída, apareció él, probándole á todos lo que fué, lo que hizo y lo que significa Fernández de Lizaldi: nadie lo había puntualizado aún, que para eso era

preciso presentar, como él presentó, la enumeración completa de los martirios, de los trabajos y de las producciones de ese apóstol insigne. Y desde entonces tenemos una noticia exacta de la vida y de las obras del *Pensador Mexicano*. Y desde que González Obregón se propuso formar una Bibliografía de nuestros novelistas en el siglo XIX, tenemos también una obra única en su género, llena de datos inapreciables para la historia de nuestro movimiento literario, y formada con todo el afán de quien se propone agotar la materia, y con todo el esfuerzo de quien cultiva un campo no trabajado antes por ninguno.

Hay, pues, en *México Viejo*, como en todos los escritos de González Obregón, un deseo palpable de servir á la Patria esclareciendo puntos históricos de vital importancia é impulsando el progreso de los estudios serios, tan necesarios para dar alta idea del desarrollo intelectual de un país y del esplendor de sus letras.

Merece, por tanto, mil elogios quien tal hace, quien deja como González, marchitarse las rosas de la juventud para cultivar los recuerdos del pasado; quien vive como él sólo para la investigación y para el estudio.

Merece más que eso todavía. Más que los elogios efímeros, la protección decidida del Gobierno y del público. Ha nacido para escribir de historia, y puesto que muestra un

entusiasmo tan vivo y una aptitud tan notable, racional es que para futura gloria de nuestras letras se le proteja y se le estimule

Mucho han hecho los Orozco y Berra, los García Icazbalceta y los Hernández Dávalos. Más les deberiamos si hubieran contado siempre con protección y estímulo.

Alentemos, pues, á los historiadores. Ellos conservan la verdad, administran la justicia y reparten la gloria.

JESUS

Habíanse extinguido ya el espíritu viril y la majestad olímpica de Roma. La grandeza antigua transformada en disolución y decadencia anunciaba el fin, el fin completo del mundo pagano y de la excelsa señora, árbitro y soberana de ese mundo. Roma se hundía en el abismo; el abismo de Roma sería la tumba inmensa del Universo que ella había uncido á su carro, agregado á sus dominios é impuesto á sus mandatos, y en aquellos instantes trágicos, cuando la corrupción, la esclavitud y el decaimiento ocupaban el puesto de las proezas inmortales y de las aventuras gloriosas, Roma, según un pensador, se levantaba de tiempo en tiempo en medio de los desórdenes y derramamientos de sangre, ceñida la cabeza con la corona medio deshojada del festín, para dirigir una mirada de tristeza al horizonte. La tristeza es la sibila de las naciones. Cuando una elegía involuntaria brota del fondo de la conciencia, cuando la humanidad se lleva la mano al corazón con un grito de dolor, el recién nacido de un mundo va á aparecer. La cierva se entristece y se aleja ocultándose entre las ramas, cuando siente por última vez un ser animado sal-

tar en sus entrañas, y le da á luz en la soledad.

Y aquel recién nacido que el mundo presentía y que los infelices esperaban, que era el llamado á transformar el orbe y á redimir la justicia, vino en la soledad de una noche serena y de un lugar apartado. Nuncio de luz, las sombras huirían apenas resplandeciera su doctrina; mártir, reformador y apóstol, tenía para salvar al mundo los santos poderes de su palabra, de su ejemplo y de su sangre. Venía para sufrir, y por nada le arredrarían las persecuciones y la muerte; venía para libertar y por nada asolaría con la guerra ni oprimiría con el terror, ni se valdría de las persecuciones ni acudiría á la muerte. Eran impotentes los señores del mundo para extirpar el mal que todo lo arrasaba, y lo que ya era imposible que hicieran los que tenían en sus manos todo el poder y todos los elementos de la tierra, lo iba á hacer él, é iba á hacerlo, llamando á los corazones henchidos de maldad, pero sedientos de luz, de consuelo, de bendición y de justicia.

Cuando los pueblos sufren, un Salvador que los alienta para la lucha, que los liberta de la desgracia y que los lava del pecado, la esperanza, el perdón y el ejemplo es lo único que ha menester para cumplir su misión de paz, regeneradora y bendita. Así vino Jesús: armado de todas las virtudes, dispuesto á todos los embates, como jamás vino al mundo ningún reformador: débil para luchar con los fuer-

tes, humilde, para vencer á los magnates, sólo para asombrar al mundo durante su breve vida y para estremecer al orbe durante su prolongada agonía. Allí donde la esclavitud era una herencia, establecía la igualdad como un deber; donde el infeliz lloraba bajo el peso del despotismo, de la enfermedad ó del dolor humanos, dejaba como estela de su tránsito la igualdad para todos, el alivio para el corazón ó para el cuerpo doloridos. Y como la vida es lucha y el sufrimiento purifica, puso en los corazones la creencia en un premio, la esperanza en una vida más dichosa para el espíritu que la vida corpórea. «Mientras más sufráis en la tierra, mayor será la recompensa que recibiréis en el Cielo,» y con este aliciente espiritual, basado, nó en las ganancias para el cuerpo, sino en las delicias para el alma, le seguían los discípulos. Sembró un sentimiento nuevo, abrió al hombre un horizonte que no conocía, y cuando el hombre vió que los dolores de la vida eran un mérito, y que la existencia no terminaba allí donde los goces se despedían de nuestros cuerpos, tuvo una esperanza y un consuelo, tuvo, es decir, lo que más se necesita en el mundo para luchar y dar la vida, para ser gladiador y mártir á la vez. Y de esta suerte cobró su causa un empuje extraordinario y las ideas antiguas sufrieron un golpe contundente. Ya había algo más que los bienes terrenos, que las grandezas humanas, que los laureles del

guerrero, los esplendores del magnate ó las posesiones del señor; sobre todas las mezquindades del siervo y las grandezas del amo, se levantaba imperturbable y santa una justicia común, y había una existencia ulterior. Los hombres eran iguales, la vida no terminaba aquí, el sufrimiento era una prueba, los bienes de la tierra fenecían, el premio se recibía después del combate, y sobre el cuerpo deleznable y finito se levantaba el espíritu inmaterial é inextinguible.

He aquí el mundo moral que se reveló á aquellos hombres encenegados en las asquerosidades de la materia, orgullosa en sus actos y brutal en sus apetitos. Helo aquí en toda su grandeza indestructible. Aunque no: todavía se halla más respetable y más simpática esa labor de transformación completa en su obra esencial y perdurable.

Cristo, protector de los débiles, ensalzó sobre todos al ser más débil. A la mujer, sierva en su propia casa, la convirtió en un culto. Desapareció la *cosa*, la *manumitida*, la *tutoreada*, y aparecieron radientes, iluminando el hogar, la compañera y la madre. Desde entonces la mujer es reina.

Cristo hizo todo. «El levanta á la pecadora —dice Pelletán—El absuelve á la adúltera, El elige á su auditorio, sus apóstoles, entre los obreros, entre los pescadores; El perdona á la cananea; El glorifica al samaritano; El cura á los ciegos, sana á los cojos, resucita muer-

tos, multiplica el pan y el vino para comunicarse en mayor abundancia de vida con la muchedumbre; El convoca, en fin, en su sublime testamento, á todos los desheredados de la tierra para heredarlos; vive con los pequeños y los abandonados. Ha venido á la tierra sin más patrimonio que su palabra, y tiende la mano para pedir alimentos á aquellos á quienes ha alimentado de inmortalidad. Impone su voluntaria indigencia heroica á sus discípulos. Les prohibe hasta la tentación de propiedad.

«No poseeréis—les dice—ni palo, ni manto, ni viático, ni sandalia.»

Y Jesús predica con el ejemplo. A todos socorre, á todos perdona, á todos aconseja y á todo renuncia. Y cuando llega el instante tremendo de su existencia, acepta el dolor, el ultraje, los azotes, la burla, la deshonra, el sacrificio y la muerte. En aquel momento soberbio fué todo: fué Mártir, Redentor, Apóstol, Héroe, Caudillo, manso cordero y víctima inocente. ¡Pueblo ingrato aquel que lo vejó como á facineroso, y le quitó la vida como á reo torpe y criminal. Se parece á Edipo que mató á su padre, según la hermosa comparación de Donoso Cortés.

«Entre esa gran tragedia, la Pasión de Cristo—dice el Marqués de Valdegamas—y la de Sófocles, á vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas que me atrevería á intitularla: «Edipo Pueblo.»

«Edipo adivina los enigmas de la Esfinge, y es reputado por el más sabio y más prudente de los hombres: el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto á todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del Género Humano, y es el amado por Jehová, antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan á Edipo la victoria sobre todos sus competidores, y le sientan en el trono de Tebas. Jehová lleva como de la mano, al pueblo hebreo, á la Tierra de promisión, y lo saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses por la voz de los oráculos délficos, habían anunciado á Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre. Jehová, voz de los oráculos bíblicos, había anunciado á los judíos que matarían á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria: un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario: este hombre era el Dios de Judá: aquel hombre era el padre de Edipo.»

Hoy, cuando los siglos han pasado, la humanidad se inclina reverente ante ese mártir del amor, besa su planta y santifica su memoria. No aparecerá en los tiempos venideros otro hombre más grande, como piensa Renán; y la hermosa pregunta de Alfredo de Musset: *Jesus, ce que tu fis que jamais le fera?* quedará eternamente sin respuesta.

Sólo Cristo volvería á hacer otro tanto: los demás harán menos, mucho menos, de lo que El hizo y legó.

ÍNDICE





